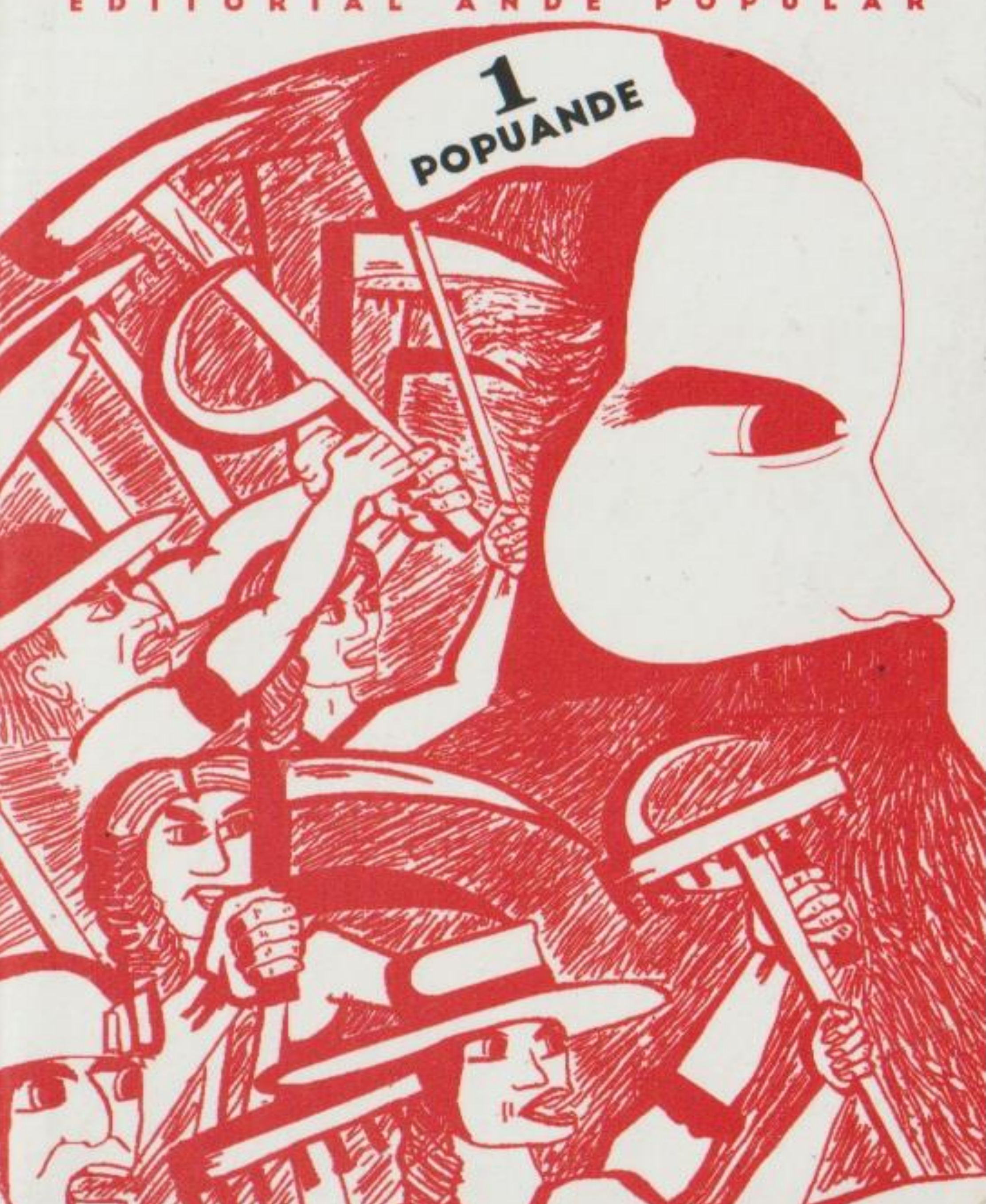
MANIFIESTO COMUNISTA

KARL MARX

EDITORIAL ANDE POPULAR



MANIFIESTO COMUNISTA

KARL MARX

EDITORIAL ANDE POPULAR

1

POPUANDE



Colección Popuande

Título original: *Manifest der Kommunistischen Partei*

Editado por:

Jr. Garcilaso de la vega #127, San Gregorio, Ate-Vitarte – Lima – Perú
oscarmartsal@gmail.com
Celular: (+51) 928 765 274

Dirección editorial: Luis Alberto Martínez & Lourdes Flores Bordais
Diseño de portada: Óscar Martínez
Corrección de estilo: Andre Uriarte
Diagramación: Manuel Cancho
Publicidad: Sebastián Sarapura Rivas
Traducción: Óscar Martínez & Carlos Castillo

Primera edición en Perú: Lima, febrero del 2023
Tiraje: 1000
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2022-10571
ISBN: 978-612-48818-5-5

Impreso en Perú – Printed in Perú – Perú llaqtapi qellasqa
Impreso en los talleres gráficos de Imprenta Editorial Activa
Av. Argentina 144 int.1123 1er piso galería Unicentro
Febrero del 2023

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

La Editorial Ande tiene la férrea voluntad de contribuir en la autoformación del proletariado peruano, al calor de las luchas de clases, contra toda dominación. Esta voluntad nació no de un capricho intelectual o moral alguno, sino de la comprensión de nuestra situación de clase en este modo de producción alienante, de una profunda solidaridad como hijos y hermanos de la clase sometida a la explotación capitalista. Como miembros de la clase trabajadora, nos hemos comprometido con nuestra posición y función en la historia, y con el despliegue de las tareas revolucionarias hacia la construcción de un mundo más allá del capital.

El capitalismo, sus contradicciones y sus crisis han empujado y empujan al grueso de los trabajadores a la miseria material y espiritual, en pro de mantener la concentración extraordinaria de riquezas en manos de fracciones monopólicas y financieras de la burguesía, que viven del expolio y del parasitismo. ¿Cómo se puede desarrollar la conciencia de nuestra clase si leer un libro atenta contra su subsistencia, si comer un pan atenta contra su espíritu? ¿Cómo vivir, cómo ser libres, si tenemos que alternar entre nuestra hambre y nuestra ignorancia? Estas deben dejar de ser preguntas dolorosas para convertirse en acciones concretas. Así nace la colección de libros populares POPUANDE.

Los POPUANDE contienen las herramientas teóricas esenciales legadas por el pensamiento revolucionario, las cuales serán entregadas periódicamente y distribuidas con la mayor amplitud posible. Con ellas desmantelaremos la ideología burguesa, meramente contemplativa, mediocre y cínica. Con ellas cimentaremos las condiciones materiales para la edificación de un mundo que tenga como fundamento la producción y reproducción de la vida, en el que se superará las contradicciones de clase, entre capital y trabajo, las escisiones entre hombre y naturaleza, entre hombre y hombre, entre libertad y necesidad, entre vientre y espíritu, en fin, todos y cada uno de los presupuestos de la sociedad capitalista.

Lourdes Flores Bordais
Editorial Ande

EL *MANIFIESTO COMUNISTA* LÍMITES Y GRANDEZA TEÓRICO-POLÍTICA*

por

José Paulo Netto

El objeto de las reflexiones que se presentan en este texto es un documento que, desde el punto de vista teórico y político, cambió la faz del mundo, entusiasmando la conciencia y la acción de millones de hombres y mujeres: se trata del *Manifiesto del Partido Comunista*, originalmente un panfleto de no más de 23 páginas.

Las breves reflexiones que compartiré aquí son solo algunos elementos para, subsidiando la siempre fructífera lectura del *Manifiesto Comunista*, indicar de alguna manera su relevancia y actualidad.

El trasfondo histórico

Una mañana de la última semana de febrero de 1848, en la pequeña imprenta de J. E. Burghard, situada en el número 46 de Liverpool Street, en el centro de Londres, se concluyó la impresión de 3.000 ejemplares de un panfleto titulado *Manifiesto del Partido Comunista*, escrito en alemán. La publicación no identificaba a sus autores, pero su presentación revelaba que se trataba de un documento elaborado por un grupo político formado por comunistas de varias nacionalidades (más tarde conocido como Liga de los Comunistas). Casualmente, cuando esos 3.000

* Traducción del portugués original realizada por Carlos Castillo.

ejemplares estaban siendo empaquetados para su distribución, la Revolución de 1848 estallaba en París, una coincidencia a la que volveré más adelante. Pero corresponde, antes, un repaso sobre el trasfondo que envuelve estos dos acontecimientos, la publicación del *Manifiesto* y la insurrección parisina.

El ciclo de la Revolución Burguesa constituyó un proceso multisecular, en el que se produjo la crisis de las instituciones feudales y el surgimiento de las instituciones de la sociedad capitalista. Comenzó en Europa Occidental en torno a los siglos XIV y XV, adquirió una fisonomía relativamente clara en el XVI, se aceleró en el XVII y, en la transición del siglo XVIII al XIX, se profundizó y tomó forma inequívoca en esa parte del mundo, comenzando a extenderse más allá (América del Norte).

Este proceso, que establece los elementos fundamentales del mundo burgués, fue el resultado de la acción revolucionaria de la burguesía, que en su momento se mostró capaz de reunir en torno a sí al conjunto de las clases subalternas y explotadas por el orden feudal: campesinos, artesanos y el proletariado naciente. Recordemos que la Revolución Industrial —surgida inicialmente en Inglaterra en el último tercio del siglo XVIII, y que pronto llegó a Bélgica— es un componente indispensable del ciclo de la Revolución Burguesa.

Cuando se piensa en la Revolución Burguesa, la evocación inmediata es casi siempre la de las revoluciones inglesas (1640-1688), la americana (1776) y, sobre todo, la francesa (con su emblemático 14 de

julio de 1789). Sin embargo, estos no son más que los hitos políticos de un proceso mucho más amplio y abarcador, que comenzó cuando grupos de mercaderes se enriquecieron con las expediciones comerciales a Oriente (Medio y Lejano Oriente); iniciado, de hecho, con las Cruzadas, que a partir del siglo XI dieron origen al comercio en la cuenca mediterránea, y, más tarde, reforzaron su expansión, con el llamado descubrimiento del Nuevo Mundo y la exploración de zonas en África y Asia. En este proceso, se configuró la consolidación económica de los grupos mercantiles, lo que favoreció —en su beneficio— el surgimiento de los Estados nacionales y fomentó el Absolutismo.

Esta consolidación marca el surgimiento de la burguesía como nueva clase social, que comienza a movilizarse con el objetivo de conquistar el poder político, para lo cual la conquista de la hegemonía cultural es también una condición. Esto se consigue a lo largo de los siglos XVII y XVIII, y una de sus expresiones más notables es la *Ilustración* (también conocida como el "Siglo de las Luces"). Así, asumiendo posiciones decisivas en la economía y avanzando en la construcción de su hegemonía cultural, la burguesía podría reunir en torno a sí a todo el llamado *Tercer Estado* (el "pueblo") y dirigir finalmente el asalto al poder político feudal, dando los pasos necesarios para establecer el Estado burgués.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, todo este complejo proceso —movilizado por las *luchas de clases*, como señalaron los historiadores románticos de la Revolución francesa mucho antes que Marx—

subyace a la dinámica engendrada por la Revolución Industrial, que se encargó de poner en marcha mecanismos y dispositivos que superaron con creces los límites de una revolución meramente tecnológica (ya sea en su primera fase, abierta a finales del siglo XVI-II y que duró hasta la sexta/séptima década del XIX, o en su segunda fase, abierta en torno a 1870/1880). Sobre la base del fenómeno industrial consolidado, se establecieron los rasgos fundamentales de la nueva sociedad, la sociedad burguesa, basada en lo que Marx llamó el *modo de producción capitalista*.

Mientras tanto, en Inglaterra y Bélgica, en el primer tercio del siglo XIX, las actividades económicas decisivas ya se desarrollaban en el marco del modo de producción capitalista. Especialmente en Inglaterra, el desarrollo industrial engendra una nueva clase social: el proletariado moderno. En Francia las relaciones capitalistas se extendieron más lentamente, y en Alemania (que aún no se había constituido como Estado nacional) su desarrollo fue aún más lento. Ya entonces se observa que el desarrollo capitalista es desigual, pero es un hecho que en ese espacio geopolítico, Europa Occidental (y, con menos evidencia, en América del Norte), la sociedad humana estaba entrando en una nueva etapa de su historia, producto de la acción revolucionaria de la burguesía.

No está demás señalar el contenido emancipador de la Revolución Burguesa *en relación con el orden feudal*. Buena parte de los derechos democráticos que permearon la modernidad (por ejemplo, los derechos de libre tránsito y a la libre expresión del pensamien-

to) se erigieron en el proceso de liquidación del sistema feudal. Por un lado, porque eran requisitos para la dinámica de la economía capitalista; por otro, por la presión de los segmentos del "pueblo" que la burguesía articuló para llevar a cabo su revolución. Aunque el reconocimiento de los derechos democráticos, bajo la dirección de la burguesía, haya sido generalmente formal ("todos son iguales *ante la ley*"), su importancia para transformarlos efectivamente en derechos reales es innegable.

En cualquier caso, las transformaciones operadas en la constitución de la sociedad burguesa costaron mucho a las capas sociales explotadas. Entre 1780 y 1830, se sabe que la construcción del régimen burgués en Europa Occidental penalizó severamente a los trabajadores urbanos y rurales —campesinos, artesanos y la naciente clase obrera (el proletariado)—. El mayor indicador de este coste fue el *pauperismo*, tal y como recoge la abundante literatura producida en las primeras décadas del siglo XIX, ya sea por ideólogos reaccionarios y/o conservadores, ya sea por pensadores movidos por la voluntad de ir más allá de la sociedad burguesa (un ejemplo clásico de esta literatura es la obra del joven Engels, publicada en 1845, poco antes de cumplir los 25 años: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*).

En efecto, el desarrollo de las relaciones capitalistas y el surgimiento de la sociedad burguesa suscitaron la *protesta de los trabajadores*, y la primera mitad del siglo XIX fue testigo de varias insurrecciones de esta nueva clase social. Comprensiblemente, Inglaterra

fue el principal escenario de estas insurgencias, dada la expansión de las relaciones capitalistas en su espacio nacional. Sin embargo, el movimiento obrero no tardó en hacerse notar en el continente, especialmente en Francia, donde el recuerdo de la revolución de 1789 estaba vivo y el asociacionismo obrero no tenía protección legal. Si desde la década de 1820 en Inglaterra los trabajadores ya habían conquistado el derecho a formar asociaciones (como las *trade unions*), en Francia el sindicalismo estaba prohibido y, por tanto, los obreros y artesanos se organizaban según la tradición de las ligas clandestinas y las sociedades secretas.

Inspirados en esta tradición francesa, los artesanos alemanes que vivían en el exilio (en busca de trabajo y mejores condiciones de vida o huyendo de Alemania por motivos políticos) crearon una asociación secreta en 1839 —la *Liga de los Proscritos*—, destinada a las actividades conspirativas y a la autoprotección de sus miembros. La asociación tenía el carácter de una secta y, como toda secta, no tardó en experimentar escisiones: ya en 1843 un pequeño grupo la abandonó para crear la *Liga de los Justos*. Esta última, aunque igualmente sectaria, logró ramificarse en Inglaterra, Bélgica y Francia, e incluso comenzó a penetrar en Alemania, pero, si bien registró un crecimiento en sus primeros años, se vio obligada a cambiar su carácter en 1846-1847.

París 1844
dos intelectuales en la escena de la lucha proletaria

En la época de la fundación de la *Liga de los Justos*,

un joven de 25 años, doctorado en filosofía dos años antes y que se había propuesto reflexionar sobre el problema de la política, escribió que la *idea comunista*, difundida sobre todo en Francia, era una "abstracción dogmática"[1]. El joven se llamaba Karl Marx y se posicionaba como un demócrata radical.

El proyecto personal de este joven era convertirse en profesor universitario. El proyecto se hizo inviable por las condiciones políticas posteriores a la llegada de Federico Guillermo IV al trono de Prusia, por lo que para ganarse la vida se convirtió en uno de los editores de la *Gaceta Renana*, periódico editado en Colonia por liberales burgueses. En esta experiencia periodística (1842-1843), Marx se dio cuenta de que su formación no lo capacitaba para enfrentar los asuntos políticos; deja el periódico y comienza, entonces, una esmerada lectura de los autores clásicos (Maquiavelo, Hobbes, Locke, Rousseau), se dedica a analizar la filosofía política de Hegel y se sumerge en el estudio de la Revolución francesa, al mismo tiempo que se traslada a Kreuznach (donde el 19 de junio de 1843 contrae matrimonio con la que sería su compañera de toda la vida, Jenny von Westphalen). Allí también maduró el proyecto de publicar fuera de Alemania, es decir, sin las trabas y represiones de la censura imperial, una revista que promoviera la articulación de la filosofía alemana con el pensamiento social francés. En la segunda mitad de 1843, con este periódico en mente, redactó un texto sobre las

---

[1] Así escribe Marx en su carta a Ruge en septiembre de 1843 (Marx, 1978b, p. 174).

concepciones políticas de Hegel (inacabado e inédito durante más de cincuenta años, conocido como *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* o *Manuscrito de Kreuznach*) y escribió un ensayo ("Sobre la cuestión judía") que se haría famoso por la importante distinción que establecía entre "emancipación política" y "emancipación humana".

Marx formuló el proyecto de la revista en asociación con Arnold Ruge, un demócrata liberal que también se oponía al *statu quo* alemán. Para ponerlo en práctica, ambos se trasladaron a París, ciudad a la que Marx llegó a finales de octubre o principios de noviembre de 1843. Allí, en febrero/marzo de 1844, la revista *Anales Franco-Alemanes* tendrá un único número: las posiciones políticas de Marx, un demócrata radical que pronto se desplazará a la izquierda, chocan con las de Ruge, y la asociación entre ambos se interrumpe. Pero es en los *Anales Franco-Alemanes* donde Marx publica "Sobre la cuestión judía" y el ensayo, escrito ya en París, "Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción" (es en este texto donde, por primera vez, aparecen explícitamente el tema de la *revolución* y la figura del *proletariado*).

Es en el transcurso de 1844 cuando el demócrata radical Karl Marx evolucionará hacia la izquierda más radical y consecuente —se convertirá en *comunista* (dejando atrás, definitivamente, la idea de "comunismo" como "abstracción dogmática")—. El movimiento de su reflexión teórica se verá estimulado por lo que podemos llamar los *tres encuentros*, casi simultáneos y, de hecho, estrechamente relacionados,

que le proporcionará París. En dos de ellos, será decisiva la intervención de otro joven alemán, dos años menor que Marx: Friedrich Engels.

El primero de estos *encuentros* será el de Marx con la economía política. Engels, con quien Marx había tenido un frío contacto personal en la redacción de la *Gaceta Renana*, donde se había acordado que él (que entonces se dirigía a Inglaterra) colaboraría con el periódico, envió desde Manchester, para los *Anales*, un ensayo titulado "Esbozo de crítica de la economía política". El texto tuvo un profundo impacto en Marx: se trataba de un análisis —por cierto, el primero— de los fundamentos de la economía política clásica inglesa a la luz de una concepción dialéctica —veintitantos años después de su lectura, Marx todavía consideraba el "Esbozo" un escrito "genial"—. Fue, estimulado por este trabajo de Engels, que Marx se dedicó, hasta el final de su vida, a la tematización de la economía política (no hay que olvidar el título de su obra cumbre: *El Capital. Crítica de la economía política*).

El segundo *encuentro* fue con la *clase obrera*. Hasta su periodo parisino, Marx había vivido en un entorno puramente académico e intelectual: una Alemania en la que el desarrollo capitalista, retrasado con respecto a Inglaterra, Bélgica y Francia, aún no había engendrado un contingente significativo de proletarios modernos. Fue en París donde Marx comenzó su contacto con el *movimiento obrero*: asistió a sus reuniones, siguió sus debates, conoció su carácter clasista e internacionalista y aprendió las diferencias

entre sus distintas tendencias.

Ya entonces el movimiento obrero estaba diferenciado: algunos segmentos querían reducir, paliar los males, las consecuencias y los aspectos deletéreos de la sociedad capitalista mediante reformas y la "organización del trabajo"; otros querían superar tales rasgos de la sociedad burguesa mediante una transformación socioeconómica radical. Esta tendencia, que se reivindicaba *comunista*, era una herencia de los jacobinos y del pensamiento de Rousseau, conectada a ambos por la tradición heredada de la "Conjuración de los Iguales", que Babeuf había dirigido en 1797. Fue a esta tendencia a la que se adhirió Marx, aunque siguió dialogando con el conjunto del movimiento obrero y aprendiendo de él. De hecho, al vincularse al mundo de los trabajadores, lo que Marx descubrió fue otra nueva sociabilidad; en una carta a L. Feuerbach, en marzo de 1844, escribió: "Usted tendría que asistir a la reunión de esos hombres agotados por el trabajo y vería que esos 'bárbaros' se están constituyendo en aquellos que van a salvar nuestra civilización".

El descubrimiento que propicia en Marx la relación con el movimiento obrero, sumado a sus estudios de economía política, le llevó a asumir la posición comunista; una opción explicitada en los importantes escritos que redactó en la primera mitad de 1844, los *Manuscritos Económico-filosóficos* de París (inéditos hasta 1932).

Finalmente, el *tercer encuentro* tuvo lugar entre finales de agosto y principios de septiembre de

1844: al regresar de Inglaterra a Alemania, Engels pasó unos días en París y conversó con Marx. La trayectoria de ambos era muy diferente. Engels, hijo de un acaudalado industrial textil, había asistido a la universidad en Berlín, pero no había completado ningún curso; su padre quería convertirlo en su sucesor en los negocios y por eso lo había enviado a Manchester a trabajar en otra empresa familiar. Sin embargo, ya convertido al "comunismo filosófico" de Moses Hess, el joven se involucró en el movimiento obrero inglés (*cartismo*).

En cualquier caso, el contacto personal en París les reveló a ambos que, a través de diferentes caminos, llegaban al mismo tiempo a un terreno común: la lucha por la emancipación del proletariado. Iniciaron, entonces, una fructífera colaboración intelectual que pronto desembocó en una sólida y ejemplar amistad, que se prolongó hasta la muerte de Marx (a los 65 años, en 1883), una colaboración cuyo primer fruto fue el libro *La Sagrada Familia: Crítica de la Crítica crítica*, publicado en 1845, y el segundo, más importante, *La Ideología Alemana* (inédito hasta 1932). Durante unas cuatro décadas, los dos intelectuales estarían juntos en las trincheras del combate por la emancipación de los trabajadores.

La Liga de los Comunistas, el *Manifiesto del Partido Comunista* y la Revolución de 1848

Incluso antes de su encuentro personal en París, tanto Marx como Engels conocían la existencia de

la *Liga de los Justos* y ya habían sido contactados por algunos de sus miembros —pero no aceptaron unirse a ella, porque no estaban de acuerdo con sus concepciones sectarias y su naturaleza clandestina—. Sin embargo, al explicitar su posición en defensa de los trabajadores, participando en los debates socialistas de 1845 (año en el que Marx fue expulsado de Francia por la presión del gobierno prusiano, trasladándose a Bruselas) y 1846, la Liga retomó el contacto con ellos, reiterando las invitaciones para que ambos se adhirieran.

Estos contactos se hicieron más frecuentes en 1846, cuando la Liga sufrió una crisis orgánica. En 1847, para solucionarla, la Liga emprendió un gran debate interno: se convocó un congreso para sondear a sus miembros, renovar su dirección y su programa de acción. Marx y Engels participaron activamente en este proceso congresual, que culminó con una reunión en Londres del 28 de noviembre al 10 de diciembre. El congreso decidió adoptar un nuevo programa y, al mismo tiempo, un cambio significativo en el nombre de la organización, que pasó a llamarse *Liga de los Comunistas*.

Por mandato de la nueva dirección, de la que formaban parte, Marx y Engels se dedicaron, de regreso en Bruselas, a redactar el programa del partido. Este documento, como hemos visto, en febrero de 1848 pasaría a la historia con el título de *Manifiesto del Partido Comunista*, título que se simplificó, a partir de 1872, como *Manifiesto Comunista*. Es interesante observar que la publicación no tenía ninguna indica-

ción de autoría, y que los nombres de Marx y Engels solo aparecieron en 1850, cuando el líder cartista G. J. Harney presentó la traducción inglesa del texto.

Ya se ha señalado también que en la misma semana en que el *Manifiesto* salió a la luz, estalló en París la revolución que sacudió a la Europa continental: la *Revolución de 1848*, que F. Claudín, su atento estudioso, calificó como "la más europea de todas las revoluciones". Durante unos dieciocho meses, el proceso que estalló en París se extendió por todo el continente y amenazó a los tronos de Europa: la reivindicación de la "república social", señalada por la bandera roja y formulada en París por la pequeña burguesía radicalizada, los obreros y los artesanos, adoptó diversas formas en los distintos países que experimentaron procesos insurreccionales y pareció inaugurar la "Primavera de los Pueblos".

Al final, el movimiento revolucionario fue asfixiado y derrotado —incluso en Alemania, adonde habían ido Marx y Engels, militantes activos del proceso desencadenado allí—. Sigue una durísima represión que lleva a la muerte, el encarcelamiento o el exilio de los revolucionarios, especialmente de los dirigentes de la Liga de los Comunistas, con lo que la organización se convierte en objeto de calumnias, entra en crisis y acaba siendo disuelta en 1852 por Marx y Engels (ya en su exilio inglés).

Está claro que no hay ninguna relación causal entre el *Manifiesto* y la Revolución de 1848. La relación entre ambos es de otra naturaleza: el documento elaborado por Marx y Engels y el proceso revolucio-

nario efectivamente desencadenado expresan, en diferentes niveles (el primero, en el plano teórico-ideológico; el segundo, en el plano práctico-político), el surgimiento de un nuevo sujeto político: el proletariado moderno. La Revolución de 1848 demostró, a nivel histórico-universal, el potencial protagonismo revolucionario del proletariado, con sus vanguardias desvelando sus intereses específicos de clase.

Para utilizar la indicación formulada por Marx un año antes (en su obra *Miseria de la filosofía*, en polémica contra Proudhon), la Revolución de 1848 reveló que el proletariado había pasado de ser una *clase en sí* a ser una *clase para sí*, es decir, se constituía en una clase autoconsciente. En resumen: el proceso de 1848-1849 situó objetivamente al proletariado como el sujeto revolucionario capaz de promover la superación de la sociedad burguesa, exactamente la posición que se le atribuye en el *Manifiesto*.

El *Manifiesto del Partido Comunista* una combinación de tradición e innovación

Pasemos ahora al *Manifiesto* propiamente dicho. Las poco más de veinte páginas originales articulan una argumentación que se desarrolla de forma lineal. En su apertura, los autores aclaran que la razón de ser del folleto es exponer abiertamente las concepciones y los objetivos asumidos por los comunistas.

El primer capítulo presenta una notable síntesis histórica del papel revolucionario de la burguesía en la construcción de un mundo nuevo; después de resumir la grandeza del protagonismo burgués, Marx

y Engels señalan las contradicciones del orden social constituido y la necesidad de superarlas, ante las nuevas luchas de clases que emergen.

En el segundo capítulo, discuten la relación de los comunistas con la fuerza social que opera en el sentido de esa superación, la clase obrera (se esboza allí una *teoría del partido* que sitúa a los comunistas no como un segmento separado de los demás partidos obreros, sino como la fracción más decisiva de ellos); critican las instituciones de la sociedad burguesa y señalan como alternativa la revolución del proletariado, que materializa "la conquista de la democracia por la lucha"—y allí formulan, en diez temas, las medidas que configuran el programa económico y social de los comunistas—.

En el tercer capítulo se discuten y critican las tendencias que, en aquel momento, influían en el movimiento obrero.

El último capítulo trata de la relación de los comunistas con los demás partidos y agrupaciones políticas de oposición al *statu quo*.

Una apreciación cuidadosa del *Manifiesto* deja claro que se inscribe en una tradición histórica y política de la que es el legado —la propia forma *manifiesto* no era original en 1848—. Si, en el plano político, no aparece como un rayo en un cielo sereno —de hecho, el movimiento obrero ya había llevado a cabo grandes movilizaciones (desde las acciones *luditas* hasta las huelgas organizadas por los cartistas en Inglaterra, pasando por la insurrección de los trabajadores de la seda en Lyon en 1831 y la rebelión de

los tejedores de Silesia en 1844)—, en el plano programático incluye reivindicaciones que ya estaban muy extendidas entre los trabajadores (por ejemplo, la demanda de educación pública gratuita). Por otra parte, muchas de las críticas a la sociedad burguesa presentadas en el *Manifiesto* ya habían sido avanzadas por los representantes del llamado *socialismo utópico* (por ejemplo, Charles Fourier).

El *Manifiesto*, sin embargo, combina su vinculación a la tradición del movimiento de los trabajadores y de los precursores del socialismo con dimensiones y características verdaderamente inéditas; es, en realidad, tanto una coronación y una continuidad de esa tradición como una ruptura en relación a ella. Sin embargo, son estas dimensiones/características las que, subordinando los componentes de continuidad, lo convierten en un documento —teórico y político— objetivamente revolucionario.

La primera innovación del *Manifiesto*, en mi opinión, es la *consideración de la lucha de clases como fuerza motriz de la dinámica sociopolítica de la sociedad capitalista*. Si los historiadores románticos de la Revolución francesa ya la habían interpretado a la luz del enfrentamiento entre clases, es en el *Manifiesto* donde se las toma como *centrales* en los procesos de cambio social. Es más, el documento de 1848 fue el *primer texto* elaborado desde la perspectiva de clase del proletariado como motor de la acción política destinada a promover las transformaciones estructurales.

La segunda innovación introducida es que, por

primera vez, el programa anticapitalista de la clase revolucionaria se propone no como la expresión de disposiciones y deseos generosos, y menos aún como una receta formulada por visionarios o profetas. El programa de la Liga de los Comunistas, resumido en los diez puntos presentados en el *Manifiesto*, se basa en las tendencias de desarrollo deducibles de la realidad de la sociedad burguesa: es del análisis de esta sociedad de donde Marx y Engels extraen la viabilidad del programa que proponen. No hay en su propuesta el lastre voluntarista/subjetivista que hasta entonces marcaba las propuestas de los grandes reformistas sociales; la inspiración y el espíritu utópicos son desplazados por la investigación teórica de las tendencias reales y la prospección de las alternativas concretas que contienen —muchos años después, Engels observará que este desplazamiento corresponde al tránsito del "socialismo utópico al socialismo científico"—. De hecho, ya antes de escribir el *Manifiesto*, en los *Manuscritos Económico-Filosóficos*, Marx había afirmado que:

> El comunismo es (...) el factor *real*, necesario, de la emancipación y recuperación del hombre. El *comunismo* (...) no es como tal la meta del desarrollo humano, la figura de una sociedad humana.[2]

Más tarde, en las anotaciones al manuscrito de *La Ideología Alemana*, puntuó:

> Para nosotros, el comunismo no es un

[2] Marx, 1978d, p. 388.

> *estado* [*Zustand*] que debe implantarse, un *ideal* al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente.[3]

Estas ideas se recogen inequívocamente en el *Manifiesto*:

> Las propuestas teóricas de los comunistas no descansan de ningún modo en ideas, en principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.
>
> Solo son expresiones generales de las relaciones reales de una lucha de clases existente, un movimiento histórico que acontece ante nuestros ojos.[4]

De hecho, hasta los últimos años de su vida, Marx y Engels rechazaron claramente cualquier vehemencia utópica. Ambos daban a la *utopía* el sentido común de ensoñación, fantasía, sueño o proyección subjetiva, sin apoyo en las tendencias que operan en la realidad. Sin embargo, si pensamos en la *utopía* tal y como fue reconceptualizada por el marxista Ernst Bloch (es decir: como algo que *todavía no es*, que *todavía no ha llegado a ser*, como algo que se constituye en una *posibilidad concreta*), entonces el profundo

---

[3] Marx & Engels, 2014, p. 29.

[4] Marx, 2023, p. 64.

sentido de la realidad de Marx y Engels aparece fecundado por el papel activo de la subjetividad de los sujetos sociales concretos.

Estrechamente vinculado a este realismo político propio del pensamiento de Marx y Engels —un realismo que contempla *el papel activo y creativo de los sujetos sociales concretos*— hay una tercera innovación que hace del *Manifiesto* un texto verdaderamente revolucionario. Antes del documento de 1848, los reformistas sociales y los revolucionarios trataban de sostener sus propuestas sobre la base de un *determinismo histórico* que imaginaba que la humanidad marchaba inexorablemente hacia el *progreso*, o sobre la base de una concepción *voluntarista* que suponía que la voluntad de los hombres actuaría libremente, sin límites objetivos.

Marx y Engels fueron más allá de estos dos puntos de partida tradicionales. Por un lado, rechazaron el "determinismo del progreso": rechazaron claramente la idea de que la revolución proletaria y/o la nueva sociedad (comunista) saldrían necesariamente victoriosas; basta leer lo que escribieron ambos en los primeros párrafos del capítulo I del *Manifiesto*: las luchas de clases siempre terminaban "con una transformación revolucionaria de toda la sociedad, *o bien* con el hundimiento conjunto de las clases en lucha"[5] (atención a la cursiva, introducida por mí). No se puede ser más claro: el resultado de la lucha de clases *puede* ser un avance social, pero también *puede* llevar a la destrucción mutua de los antagonistas.

5 Marx, 2023, p. 45.

Por otra parte, también abandonaron toda concepción basada en la idea de la omnipotencia de la voluntad humana. Es visible en el texto de 1848, especialmente en su primer capítulo, que el movimiento obrero y su fracción revolucionaria actúan en función del desarrollo objetivo del modo de producción capitalista (el nivel alcanzado por las fuerzas productivas, la constitución del mercado mundial, etc.). La *voluntad revolucionaria* se constituye dentro del marco y los límites *reales* que establecen las *condiciones vigentes* en la sociedad capitalista (sus sepultureros son también producto de la burguesía), pero la voluntad *organizada* de los trabajadores, conociendo esos marcos y límites, puede concebir un proyecto factible de transformación social radical y estructural. Algunos años después de la publicación del *Manifiesto*, en un texto de 1852, Marx resumió en una famosa fórmula las ideas que subyacen a esta concepción de la relación entre los límites y las posibilidades de los sujetos políticos:

> Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen voluntariamente, no bajo las circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo las encontradas inmediatamente, establecidas y heredadas.[6]

Así, la peculiar relación que el *Manifiesto* atribuye a los hombres y a sus circunstancias (su posición como autores/actores) está directamente conectada con el carácter del documento: simultáneamente, es

[6] Marx, 2013, p. 33.

una expresión teórica del movimiento obrero y una llamada a su organización (en el caso concreto, a través de la Liga de los Comunistas) —es tanto una construcción cognitiva como una llamada a la acción revolucionaria—.

Por último, cabe destacar otro rasgo pertinente y definitorio del *Manifiesto*: la concepción *internacionalista* que satura su teoría revolucionaria. Con Marx y Engels, la exigencia de la revolución trasciende los espacios nacionales —surge de las contradicciones planteadas en la sociedad burguesa por el modo de producción capitalista a gran escala—. Es evidente que tal concepción no exime a los revolucionarios de sus tareas nacionales; el documento afirma que "el proletariado de cada país debe acabar primero con su propia burguesía"[7]. Sin embargo, la propia dinámica capitalista promueve la desaparición de "los aislamientos nacionales y las oposiciones de los pueblos" y "el dominio del proletariado los hará desaparecer más todavía", porque, a través de la revolución que liquidará la oposición de clases dentro de las naciones, desaparecerá la hostilidad entre ellas. Por eso el *Manifiesto* insiste en que "la acción conjunta [del proletariado], al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su liberación"[8].

Límites y grandeza teórico-política del *Manifiesto del Partido Comunista*

Escrito por dos pensadores que aún estaban lejos

---

[7] Marx, 2023, p. 61.

[8] Marx, 2023, p. 71.

de su pleno desarrollo y madurez intelectual —Marx no tenía aún treinta años y Engels no llegaba a los veintiocho—, el *Manifiesto* presenta formulaciones que sus autores tendrían que rectificar y/o revisar más tarde. Señalemos de forma ilustrativa dos de ellas.

La primera se refiere a una tesis muy importante que aparece explícitamente en el documento de 1848: según sus autores, la situación de los trabajadores, bajo el modo de producción capitalista, tiende necesariamente a *empeorar*, atrapando al proletario en la red de la degradación de sus condiciones de trabajo y de vida —léase las frases del penúltimo párrafo del capítulo I del *Manifiesto*, donde se afirma que el "trabajador moderno (...) en lugar de elevarse con el progreso de la industria, cae cada vez más profundo debajo de las condiciones de su propia clase", convirtiéndose en "un pobre"[9]—. Esta tesis, adoptada por Marx un poco antes (en *Miseria de la Filosofía*, 1847), según la cual el proletario estaría sometido a un proceso inevitable de *pauperización absoluta*, se basa en una teoría del salario que no es consistente —pero, como el propio Marx demostró más tarde, la *pauperización absoluta* no es una tendencia irrevocable del desarrollo del modo de producción capitalista—. Marx revisa y rectifica esta concepción de la *pauperización absoluta* en el Libro I de *El Capital* (1975), operando con una teoría más adecuada y elaborada de los salarios e introduciendo la idea de *pauperización relativa*.

La segunda tiene que ver con la propia determi-

[9] Marx, 2023, p. 62.

nación de la clase proletaria. En el *Manifiesto*, esa determinación no se materializa con una concepción clara de la *esencia explotadora de la relación entre el capital y el trabajo*; aunque se menciona la posición del proletariado como clase explotada, aparece, sobre todo, como clase *oprimida*. Marx, todavía sin extraer las implicaciones básicas de la teoría del valor —que había recepcionado recientemente e incorporado expresamente en la ya citada *Miseria de la filosofía*—, no está en condiciones de precisar y determinar con rigor la naturaleza de la *explotación* capitalista. Aún carecía de los instrumentos analíticos y de la suficiente crítica de la economía política para comprender una categoría central, la de *plusvalor*. Solo después, sobre todo a partir de 1857-1858, estuvo capacitado para operar con esta categoría, que aparece en *El capital* plenamente apropiada por él.

Pueden surgir cuestiones de otro tipo en relación con el programa socioeconómico de los comunistas propuesto en el documento de 1848. Es cierto que su formulación/aplicación práctica es evidentemente coyuntural. Es esto, además, lo que Marx y Engels ya reconocen y admiten apenas 25 años después de la publicación del *Manifiesto*: en efecto, para su reedición alemana de 1872, ambos escribieron un prefacio en el que afirman que esa parte del final del capítulo II debería estar "redactada de otra manera", justificándolo así:

> Por mucho que las condiciones hayan cambiado en los últimos 25 años, los principios generales expresados en este

> *Manifiesto* conservan, en general, toda su exactitud. En algunas partes hay que mejorar ciertos detalles. (...) no hay que dar demasiada importancia a las medidas revolucionarias propuestas al final de la sección II. Hoy en día este pasaje estaría redactado de forma diferente.[10]

En resumen: Marx y Engels no pensaban que sus propuestas práctico-políticas fueran independientes del desarrollo de las fuerzas productivas y de los avances del movimiento obrero. El hecho —señalado por ellos en el prólogo ya referido aquí— de considerar que los "principios generales" del *Manifiesto* se conservasen válidos, no debe tomarse como indicador de que deberían ser tomados como intocables: en realidad, *y esto no se refiere solo al documento de 1848*, Marx y Engels siempre estuvieron abiertos y sensibles a la crítica, y nunca auspiciaron la sacralización de sus concepciones, tesis y formulaciones. Cualquier lectura de las mismas con espíritu talmúdico o fundamentalista les era ajena (especialmente en su correspondencia de los años 1880-1890, son numerosos los pasajes en los que Engels insiste en que su teoría —y la de Marx— no puede tomarse "dogmáticamente, como una doctrina", como un "credo", sino que debe pensarse como una "guía de estudio").

En cualquier caso, sin embargo, Marx y Engels estaban dispuestos a revisar concepciones y tesis siempre

---

[10] Marx, 2023, pp. 95-96.

que la profundización de su teoría, la práctica social, los fenómenos y procesos emergentes, así como los nuevos análisis e investigaciones lo requerían. Incluso este *revisionismo*, ejercido por Marx y Engels, como bien lo entendió el marxista peruano José Carlos Mariátegui (es decir, como revisionismo *científico y revolucionario*, en las antípodas del inaugurado a finales del siglo XIX por Eduard Bernstein y actualmente muy en boga).

Me parece que precisamente esa actitud debe ser la del lector contemporáneo del *Manifiesto*, que se acerca al documento de 1848 más de 170 años después de su redacción. En el transcurso de más de un siglo y medio, la sociedad burguesa ha experimentado grandes transformaciones, en las que el movimiento obrero, en sus diversas formas, ha tenido un impacto considerable. Algunas de estas transformaciones muestran que el *Manifiesto* presenta, frente a la contemporaneidad, limitaciones e insuficiencias.

Veamos, solo para señalarlos, dos órdenes de fenómenos.

Primero: el desarrollo capitalista de esos más de 170 años ha hecho una profunda diferenciación en el universo del sujeto revolucionario considerado en el *Manifiesto*. Así, aunque Marx y Engels, tanto en el documento de 1848 como en sus obras posteriores, nunca habían supuesto a aquel sujeto como algo homogéneo, todo indica que subestimaron su heterogeneidad; ahora bien, es cierto que la diferenciación que existe hoy en el interior del proletariado acarrea sustanciales implicaciones para su comportamiento

sociopolítico; se hace necesario, por lo tanto, conocer la estructura del proletariado contemporáneo para determinar con cierta precisión su potencial revolucionario (está fuera de discusión, aquí, la engañosa retórica del "fin del trabajo", del "fin de la clase obrera", etc.).

Segundo: según el *Manifiesto*, como leemos en el capítulo I, "nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza (…) por el hecho de que ha simplificado la oposición de clase"[11]. En definitiva, es un hecho que la sociedad, como afirman los autores, está polarizada por dos campos hostiles (burguesía/proletariado), pero la práctica social contemporánea indica que las "oposiciones de clase" no se verifican tan "simplificadas", sino que, por el contrario, se han vuelto mucho más complejas y multidimensionales.

Sin embargo, no solo estas dos alusiones señalan que el *Manifiesto* tiene límites e insuficiencias. Considérese, por ejemplo, que, si el *Manifiesto* anticipa, premonitoriamente, la explosión revolucionaria de 1848, no menciona en absoluto la posibilidad de su fracaso. Además, la expectativa de la revolución a corto plazo marca los escritos de Marx y Engels en esa época —solo en la *Contribución a la crítica de la economía política*, de 1859, Marx comprendería las razones por las que la revolución social abarca el espacio de toda una "época histórica"—. O, también, esta otra indicación: el *Manifiesto* da por sentado el *internacionalismo* del proletariado, y ya hemos tenido suficientes pruebas de que la constitución de una

[11] Marx, 2023, p. 45.

conciencia política capaz de superar las limitaciones y los efectos deletéreos de las ideologías nacionalistas es, aún hoy, más un proyecto que un proceso.

Decisivo, sin embargo, en la apreciación del *Manifiesto*, es algo que va mucho más allá de enumerar sus límites y eventuales anacronismos: *es la verificación de que, en su sustancialidad, ha resistido vigorosamente las pruebas de la historia y del tiempo.*

Así, la actualidad de este documento es realmente asombrosa, totalmente perceptible en su exquisita descripción, con precisión quirúrgica, de los principales trapos pertinentes a la sociedad burguesa *madura, nuestra sociedad contemporánea*, que Marx y Engels ofrecen al lector en el capítulo I del libro. Es importante señalar que estas páginas, escritas entre diciembre de 1847 y enero de 1848, *no* describen la sociedad burguesa de entonces, sino la configuración que tendría más de un siglo después. La palabra "descripción" no es, pues, la más adecuada para indicar la extraordinaria (pre)visión de Marx y Engels sobre la sociedad burguesa tardía; en efecto, vacunados desde su juventud contra el empirismo burdo y el positivismo mediocre, los dos autores no se limitan a "fotografiar" la realidad burguesa: su método de investigación, que en 1848 no estaba aun suficientemente elaborado, capta y detecta las *tendencias estructurales*, de ahí su capacidad para anticipar, en el plano teórico, elementos que la realidad inmediata estaba lejos de mostrar. Insistamos: en 1848, la caracterización que hacen Marx y Engels de la sociedad burguesa parece un ejercicio de ficción científica, pero un siglo

y medio después prefigura admirablemente *nuestro mundo*.

El hecho de que la aprehensión de la realidad profunda de la *dinámica* de la sociedad burguesa sea ya evidente en el *Manifiesto* queda ampliamente demostrado por las anotaciones relacionadas con el movimiento de la economía capitalista (también expresadas en el capítulo I). Aunque sin el fundamento de un pleno dominio de la crítica de la economía política —que Marx solo adquiriría a partir de la segunda mitad de la década de 1850—, tales anotaciones —relativas a la constitución del mercado mundial, la centralización de los medios de producción y la concentración de la propiedad, así como la acumulación revolucionaria de las fuerzas productivas con la incorporación de las ciencias y la recurrencia de las crisis— desvelan/revelan procesos que siguen operando activamente en la sociedad contemporánea.

La densidad teórica y la solidez del *Manifiesto* son, aunque los desarrollos posteriores de la investigación de Marx y Engels ofrezcan nuevos fundamentos y revisen otros, elementos que explican la perdurable actualidad del documento. También hay que reconocer su relevancia política actual, expresada, por ejemplo, en una cuestión absolutamente crucial: la de la concentración/centralización del poder. Y no se limita a la concepción del Estado formulada en el *Manifiesto*, según la cual el ejecutivo del Estado moderno funciona como "un comité que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa"[12], sino que se

---

[12] Marx, 2023, p. 47.

complementa con la indicación de que la dinámica capitalista conduce a la *centralización política* —ahora, la función *actual* de los llamados "organismos/agencias multilaterales" ejerce precisamente lo que el documento de 1848 anticipa brillantemente—. La referida relevancia se muestra, inclusive, como imprescindible *orientadora* para el posicionamiento y la acción políticos en el marco contemporáneo, en que, ante la secuencia de la crisis terminal del "socialismo real", amplios sectores (otrora) comunistas se dicen "perplejos" —léase, para comprobar la claridad y la contundencia de dicha orientación, los tres párrafos que preceden inmediatamente al último del *Manifiesto*[13]—.

Finalmente, la relevancia *actual* del documento de 1848 está contenida incluso en los problemas que, sin resolverlos, plantea. Quizás el más importante de ellos es el del carácter *democrático* del desarrollo de la revolución que, para el *Manifiesto*, es obra de un "movimiento autónomo de la inmensa mayoría en beneficio de la inmensa mayoría"; el problema subyacente es cómo articular las necesarias (para la revolución) "intervenciones despóticas sobre el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción"[14] a la democracia, que han de plantearse con "la elevación del proletariado a la clase dominante". Además, en términos distintos a los del *Manifiesto*, surge aquí *el problema de cómo sincronizar la socialización de la economía con la socialización del poder*

[13] Marx, 2023, pp. 92-93.

[14] Marx, 2023, p. 74.

político. De este modo, el documento tiene el mérito de instigar la investigación del problema, pero no lo resuelve (como tampoco lo hicieron las experiencias posrevolucionarias del siglo XX).

Habría mucho más que analizar, explorar y cuestionar en el documento de 1848; sin embargo, como la presente exposición tiene límites bien definidos, es hora de cerrarla[15]. Y debo hacerlo subrayando lo que me parece esencial en una evaluación sumaria del *Manifiesto*: sin subestimar sus límites y eventuales anacronismos, su grandeza lo ha convertido en el documento teórico-político más importante del pensamiento social moderno. Es un documento fundamental para la comprensión del *mundo en el que vivimos hoy* y, por tanto, para todos aquellos que pretendan transformar este mundo, su conocimiento es *necesario e imprescindible*, pero no *suficiente*. *Es necesario partir de él para ir más allá*.

Si mi último comentario expresa el núcleo de mi valoración del *Manifiesto*, debo decirles que no he tematizado, en este texto, una dimensión que recorre todo el documento, no siempre de forma evidente, y que, de hecho, es el hilo rojo que une toda la elaboración teórico-política de Marx y Engels: la *pasión humanista*. He dejado intencionadamente de lado el humanismo de los dos pensadores, que hace de la alternativa comunista, para ambos, la posibilidad de realizar la *libertad*. Sin embargo, no se puede ter-

[15] Para un examen detallado del *Manifiesto*, desde su contexto socio-histórico hasta sus características esenciales, véase mi ensayo "Para leer el *Manifiesto Comunista*" (Netto, 2023).

minar un tratamiento del *Manifiesto*, incluso uno resumido como el que he presentado aquí, sin registrar que el objetivo de la Revolución Comunista es, según el documento de 1848, suprimir la "vieja sociedad burguesa, con sus clases y oposición de clases", para sustituirla por "una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos"[16].

Bibliografía

Babeuf, G. (2014). *El manifiesto de los plebeyos y otros escritos*. Buenos Aires: Godot.

Claudín, F. (1975). *Marx, Engels y la revolución de 1848*. Madrid: Siglo XXI.

Engels, F. (1970). Esbozo de crítica de la economía política. En *Los Anales Franco-Alemanes*. Barcelona: Martínez Roca.

———. (1978). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Obras de Marx y Engels – OME. Vol. 6. Barcelona: Crítica.

Konder, L. (1998). *Fourier, o socialismo do prazer*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Marx, K. (1975). *El Capital. Crítica de la Economía Política. Tomo I. Vol. 3*. México: Siglo XXI.

———. (1978a). *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. Obras de Marx y Engels – OME. Vol. 5. Barcelona: Crítica.

---

[16] Marx, 2023, p. 76.

———. (1978b). *Una correspondencia de 1843.* Obras de Marx y Engels – OME. Vol. 5. Barcelona: Crítica.

———. (1978c). *La cuestión judía.* Obras de Marx y Engels – OME. Vol. 5. Barcelona: Crítica.

———. (1978d). *Manuscritos de París.* Obras de Marx y Engels – OME. Vol. 5. Barcelona: Crítica.

———. (1978e). *Crítica del programa de Gotha.* Barcelona: Materiales.

———. (1979). *Miseria de la Filosofía.* México: Siglo XXI.

———. (1980). *Contribución a la Crítica de la Economía Política.* México: Siglo XXI.

———. (2013). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte.* México: El Caballito.

Marx, K. & Engels, F. (2014). *La Ideología Alemana.* Madrid: Akal.

———. (1978). *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y compañía.* Obras de Marx y Engels – OME. Vol. 6. Barcelona: Crítica.

———. (2023). *Manifiesto Comunista.* Lima: Ande.

Marx, K. & Ruge, A. (eds.) (1970). *Los Anales Franco-Alemanes.* Barcelona: Martínez Roca.

Netto, J. P. (2004). Para leer el *Manifiesto Comunista.* En *El ineludible llamado a la revolución. El Manifiesto del Partido Comunista y otros textos sobre su vida y actualidad.* Lima: Ande. (En edición).

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo. Todos los poderes de la vieja Europa se han aliado en santa cacería contra este fantasma: el papa y el zar, Metternich y Guizot, radicales franceses y policías alemanes.

¿Dónde está el partido opositor que no haya sido tachado de comunista por sus adversarios gobernantes, dónde el partido opositor que no haya relanzado el estigmatizante reproche de comunista, tanto a sus adversarios más avanzados como a sus enemigos más reaccionarios?

De este hecho se derivan dos cosas.

El comunismo es reconocido ya como una fuerza por todas las potencias europeas.

Ha llegado la hora de que los comunistas anuncien abiertamente ante el mundo entero su punto de vista, sus objetivos, sus tendencias, y opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del partido mismo.

Con este fin, comunistas de las más diversas naciones se han reunido en Londres y han delineado el siguiente manifiesto, que se publica en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

I BURGUESES Y PROLETARIOS

La historia de todas las sociedades hasta el día de hoy es la historia de luchas de clases.

Libre y esclavo, patricio y plebeyo, señor y siervo, maestro y oficial, en suma, opresores y oprimidos, han estado y están enfrentados entre sí, han mantenido una lucha ininterrumpida, ya oculta, ya abierta, una lucha que terminó siempre con una transformación revolucionaria de toda la sociedad, o bien con el hundimiento conjunto de las clases en lucha.

En las épocas precedentes de la historia encontramos en casi todas partes una completa división de la sociedad en diferentes estamentos, una múltiple gradación de posiciones sociales. En la antigua Roma tenemos patricios, caballeros, plebeyos, esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales, siervos y, por si fuera poco, en casi todas esas clases hay que añadir gradaciones especiales.

La sociedad burguesa moderna, surgida del hundimiento de la sociedad feudal, no ha suprimido las oposiciones de clase. Se ha limitado solamente a establecer nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas formas de lucha en lugar de las viejas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza, sin embargo, por el hecho de que ha simplificado la oposición de clase. La sociedad entera se divide cada vez más en dos grandes campos antagónicos, en

dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron artesanos libres de las primeras ciudades; de estos artesanos surgieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África crearon nuevos terrenos a la emergente burguesía. El mercado de las Indias Orientales y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el acrecentamiento de los medíos de cambio y de las mercancías en general, proporcionaron al comercio, a la navegación, a la industria, un impulso jamás conocido y, con ello, un vertiginoso desarrollo del elemento revolucionario en la sociedad feudal decadente.

La anterior organización feudal o gremial de la industria ya no era suficiente para satisfacer la demanda creciente de nuevos mercados. La manufactura tomó su lugar. La clase media industrial sustituyó a los maestros gremiales; la división del trabajo entre las diversas corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del propio taller.

Pero los mercados seguían creciendo, la demanda seguía aumentado. Tampoco la manufactura era suficiente. El vapor y la maquinaria entonces revolucionaron la producción industrial. El lugar de la manufactura lo tomó la gran industria moderna, el lugar de la clase media industrial fue ocupado por los industriales millonarios, los jefes de ejércitos industriales enteros, los modernos burgueses.

La gran industria ha producido el mercado mun-

dial que el descubrimiento de América había preparado. El mercado mundial ha brindado un descomunal desarrollo del comercio, de la navegación, de las comunicaciones terrestres. Este desarrollo ha influido, a su vez, en la expansión de la industria, y en la misma medida que se ha desarrollado la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, en esta misma medida se ha desarrollado la burguesía, ha acrecentado sus capitales, ha relegado a un segundo plano a todas las clases herederas de la Edad Media.

Vemos, pues, que la propia burguesía moderna es, por su parte, producto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de transformaciones en el modo de producción y de tráfico.

Cada una de estas fases del desarrollo de la burguesía fue acompañada de su correspondiente avance político. Estamento sometido bajo el dominio de los señores feudales, asociación armada y autogobierno en la comuna, aquí república urbana independiente, allá tercer estado contribuyente de la monarquía; luego, en épocas de la manufactura, contrapeso frente a la nobleza en la monarquía estamental o absoluta, en general, base fundamental de las grandes monarquías; finalmente, desde la instauración de la gran industria y del mercado mundial, la burguesía conquistó el dominio político exclusivo en el moderno Estado representativo. El poder estatal moderno no es más que un comité que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado un papel altamente revolucionario en la historia.

Allí donde ha llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado despiadadamente los abigarrados lazos que ligaban a los hombres con sus superiores naturales, y no ha dejado otro lazo entre hombre y hombre que el desnudo interés, que el insensible "pago al contado". Ha sofocado el sagrado éxtasis del fervor devoto, del entusiasmo caballeresco, de la melancolía pequeñoburguesa en las frías aguas del cálculo egoísta. Ha disuelto la dignidad personal en el valor de cambio y ha sustituido las libertades certificadas y legítimamente adquiridas por la única libertad, la del comercio sin escrúpulos. En una palabra, ha remplazado la explotación velada con ilusiones religiosas y políticas por la explotación abierta, descarada, directa, lacónica.

La burguesía ha despojado de su aureola de santidad a todas las actividades que hasta hoy eran venerables y consideradas con devoto respeto. Ha convertido al médico, al jurista, al cura, al poeta, al hombre de ciencia en asalariados suyos.

La burguesía ha desgarrado el tierno velo sentimentalista de las relaciones familiares y las ha reducido a una relación puramente dineraria.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza, que la reacción tanto admira en la Edad Media, tenía su complemento apropiado en la más indolente pereza. La burguesía ha demostrado por primera vez lo que la actividad humana puede llevar a cabo. Ha realizado maravillas totalmente distintas de las pirámides egipcias, de los acueductos

romanos y de las catedrales góticas, ha realizado campañas enteramente distintas de las invasiones bárbaras y de las cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, es decir, las relaciones de producción, por lo tanto, todas las relaciones sociales. La conservación intacta del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales anteriores. La continua transformación de la producción, la ininterrumpida convulsión de todas las condiciones sociales, la eterna incertidumbre y movimiento distinguen la época burguesa de todas las demás. Todas las relaciones fijas, oxidadas, con su séquito de representaciones y opiniones veneradas ancestralmente se disuelven, mientras todas las recién formadas envejecen antes de poder osificar. Todo lo estamental y solidificado se evapora en el aire; todo lo sagrado es profanado, mientras los hombres se ven, al fin, obligados a encarar sin ilusiones su condición de vida y su relación con los demás.

La necesidad de un mercado en continua expansión para sus productos empuja a la burguesía a moverse por todo el globo. En todas partes tiene que introducirse, en todas partes, ampliarse, en todas partes, crear conexiones.

A través de su explotación del mercado mundial, la burguesía ha configurado a nivel cosmopolita la producción y el consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, ha sustraído a la industria el terreno nacional bajo sus pies. Las industrias na-

cionales arcaicas fueron destruidas y son destruidas diariamente. Son desplazadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión de vida o muerte para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas nacionales, sino que las elaboran procedentes de las zonas más alejadas, cuyos productos no se consumen solamente en el propio país, sino en todas partes del mundo a la vez. En lugar de las viejas necesidades, satisfechas con productos del propio país, toman su lugar otras nuevas que requieren ser satisfechas con productos de los países y climas más lejanos. En lugar de la vieja autosuficiencia y aislamiento nacional y local, surge un intercambio universal, una interdependencia universal entre todas las naciones. Y como sucede en la producción material, también sucede en la producción intelectual. Los productos intelectuales de cada nación individual se convierten en patrimonio común. La unilateralidad e insuficiencia nacional se vuelven más y más imposibles, y de las muchas literaturas nacionales y locales nace una literatura mundial.

La burguesía, a través del vertiginoso perfeccionamiento de todos los instrumentos de producción, a través de la infinita mejora de las comunicaciones, arrastra a todas las naciones hacia la civilización, incluso a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías son la artillería pesada con la que derriba todas las murallas chinas, con la que obliga a capitular el más obstinado odio de los bárbaros hacia los extranjeros. La burguesía obliga a todas las naciones a apropiarse del modo de producción burgués si no quieren sucumbir; las obliga a incorporar ellas mis-

mas la llamada civilización, esto es, a convertirse en burguesas. En una palabra, crea un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado enormes ciudades, ha incrementado enormemente la población urbana en comparación con la rural, y así ha arrebatado a una parte considerable de la población del idiotismo de la vida rural. Al igual que ha hecho depender el campo a la ciudad, los pueblos bárbaros y semibárbaros a los civilizados, ha hecho depender los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía va suprimiendo cada vez más la fragmentación de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción, concentrado la propiedad en pocas manos. La consecuencia necesaria de esto fue la centralización política. Provincias independientes, apenas conectadas con débiles lazos federativos, cada una con diferentes intereses, leyes, gobiernos, tarifas aduaneras, se han unificado en una sola nación, *un* solo gobierno, *una* sola ley, *un* solo interés nacional de clase, *una* sola línea aduanera.

La burguesía, en sus apenas cien años de dominio de clase, ha creado fuerzas productivas más abundantes y colosales que todas las generaciones pasadas en su conjunto. Subyugación de las fuerzas de la naturaleza, maquinaria, aplicación de la química a la industria y la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafo eléctrico, roturación de continentes enteros, adaptación de ríos para la navegación, poblacio-

nes enteras brotaron de la tierra como por encanto, ¿qué siglo anterior sospechó que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, entonces, que los medios de producción y de circulación sobre cuyo fundamento se formó la burguesía fueron producidos en la sociedad feudal. En un cierto grado de desarrollo de estos medios de producción y de circulación, las relaciones conforme a las cuales producía e intercambiaba la sociedad feudal, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, las relaciones de propiedad feudales ya no corresponden a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Obstaculizaban la producción, en lugar de favorecerla. Se convirtieron en otros tantos grilletes. Había que romperlos, y los rompieron.

En su lugar, surgió la libre competencia, con la constitución social y política adecuada a ella, con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Un movimiento análogo está ocurriendo frente a nuestros propios ojos. Las relaciones de producción y circulación, las relaciones de propiedad burguesas, la sociedad burguesa moderna, que conjuraron tan descomunales medios de producción y circulación, se asemejan al hechicero que ya no es capaz de dominar los poderes infernales que él mismo ha invocado. Desde hace decenios, la historia de la industria y del comercio ha sido solamente la historia de la subversión de las modernas fuerzas productivas contra las modernas relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad, que son las condiciones de vida

de la burguesía y de su dominio. Basta mencionar las crisis comerciales, que, en su periódica recurrencia, cada vez más amenazante, cuestionan la existencia de toda la sociedad burguesa. En las crisis comerciales no solo se destruyen regularmente gran parte de los productos fabricados, sino también de las fuerzas productivas ya creadas. En las crisis se desata una epidemia social que hubiese parecido algo absurdo en todas las épocas anteriores: la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se encuentra repentinamente retrotraída a un estado de momentánea barbarie; una hambruna, una guerra de exterminio general, parece haber cercenado todos los medios de subsistencia; la industria, el comercio, parecen exterminados, y ¿por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas que tiene a su disposición no sirven ya para impulsar la civilización burguesa y las relaciones de propiedad burguesas; por el contrario, se han vuelto demasiado poderosas para esas relaciones, que las encadenan ahora; y tan pronto como superan este obstáculo, provocan el desorden en toda la sociedad burguesa, ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas se han vuelto demasiado estrechas para contener la riqueza que han creado. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? Por un lado, mediante la forzada destrucción de una masa de fuerzas productivas; por otro, conquistando nuevos mercados y explotando más exhaustivamente los viejos. ¿De qué forma entonces? Preparando crisis más generalizadas y destructivas, y reduciendo los

medios de prevenirlas.

Las armas con las que la burguesía derribó el feudalismo se dirigen ahora contra la burguesía misma.

Pero la burguesía no solo ha forjado las armas que le darán muerte; ha engendrado también a los hombres que empuñarán esas armas: los trabajadores modernos, los *proletarios*.

En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, en la misma medida se desarrolla el proletariado, la clase de trabajadores modernos que viven tan solo si encuentran trabajo, y que solamente encuentran trabajo si su trabajo incrementa el capital. Estos trabajadores, que deben de venderse día a día, son una mercancía como cualquiera otro artículo de comercio, por lo tanto, expuesta igualmente a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El trabajo del proletario a través de la expansión de la maquinaria y a la división del trabajo ha perdido todo su carácter independiente, y con ello, todo su atractivo para el trabajador. Se convierte en mero apéndice de la máquina, del que solamente se exige la manipulación más sencilla, monótona y más fácil de aprender. Por lo tanto, los costes que ocasiona el trabajador se limitan prácticamente a los medios de subsistencia que necesita para su sustento y para la reproducción de su especie. El precio de una mercancía y, por tanto, del trabajo, es igual a sus costes de producción. En la misma medida que aumenta la repugnancia al trabajo, disminuye, pues, el salario. Aún más, en la misma medida que aumenta la

maquinaria y la división del trabajo, en la misma medida aumenta la masa de trabajo, ya sea por el incremento de las horas de trabajo, ya sea por el incremento del trabajo exigido en un tiempo dado, ya sea por funcionamiento acelerado de las máquinas, etc.

La moderna industria ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Las masas de trabajadores hacinados en la fábrica son organizadas como soldados. Se los coloca como soldados industriales, bajo vigilancia de una completa jerarquía de suboficiales y oficiales. No solo son siervos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino que están subyugados cada día y cada hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el fabricante burgués individual. Este despotismo es tanto más mezquino, odioso, descarnado, cuanto más abiertamente proclama el lucro como su finalidad.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto más se desarrolla la moderna industria, tanto más se ve desplazado el trabajo de los hombres por el de las mujeres y los niños. Las diferencias de sexo y de edad carecen de validez social para la clase trabajadora. Solamente hay instrumentos de trabajo que ocasionan costos distintos según edad y sexo.

Tan pronto como la explotación de los trabajadores por el fabricante termina con el cobro del salario en efectivo, caen sobre el trabajador los otros elementos de la burguesía: el propietario de la vivienda, el comerciante, el prestamista, etc.

Las pequeñas clases intermedias existentes hasta

ahora, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, todas estas clases descienden a las filas del proletariado, bien porque su pequeño capital no es suficiente para el funcionamiento a la escala de la gran industria y sucumbe en la competencia con los grandes capitalistas, bien porque su habilidad queda devaluada por nuevos métodos de producción. De modo que el proletariado se edifica de todas las clases de la población.

El proletariado recorre diversos grados de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia.

Al comienzo, luchan los trabajadores individuales, después los trabajadores de una fábrica, luego los trabajadores de una rama de trabajo en una localidad, contra el burgués individual que los explota directamente. No solo dirigen sus ataques contra las relaciones de producción burguesas, sino también contra los mismos instrumentos de producción; destruyen las mercancías extranjeras en competencia, destrozan las máquinas, incendian las fábricas, intentan restaurar la desaparecida posición del trabajador de la Edad Media.

En este grado los trabajadores forman una masa diseminada por todo el país y atomizada por la competencia. La cohesión masiva de trabajadores no es todavía consecuencia de su propia unificación, sino consecuencia de la unión de la burguesía, que, con el fin de alcanzar sus propios objetivos políticos, debe y de momento todavía puede poner en movimiento a todo el proletariado. Por lo tanto, en este grado, los proletarios no luchan contra a sus enemigos, sino

contra los enemigos de sus enemigos, los restos de la monarquía absoluta, los terratenientes, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. De esta manera, todo el movimiento histórico se halla concentrado en manos de la burguesía; toda victoria alcanzada, pues, es una victoria de la burguesía.

Pero con el desarrollo de la industria no solamente se acrecienta el número del proletariado, sino que se concentra en masas más grandes, su fuerza crece y sienten más esa fuerza. Los intereses, las condiciones de vida dentro del proletariado se igualan cada vez más, ya que la maquinaria borra continuamente las diferencias del trabajo y reduce el salario casi en todas partes hacia un grado igualmente bajo. La creciente competencia de la burguesía entre sí y las crisis comerciales que de ella se derivan hacen los salarios del trabajador cada vez más oscilantes; el desarrollo cada vez más raudo, el perfeccionamiento incesante de la maquinaria, hace que toda la condición de vida de los trabajadores sea crónicamente más precaria; las colisiones crecientes entre el trabajador individual y el burgués individual adoptan el carácter de colisiones entre dos clases. Los trabajadores comienzan así a formar coaliciones contra la burguesía; se unen para defender su salario. Ellos mismos establecen asociaciones permanentes, para abastecerse en caso de eventuales levantamientos. Aquí y allá la lucha se transforma en insurrección.

De vez en cuando los trabajadores triunfan, mas es solo un triunfo efímero. El auténtico resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión

siempre más extensa de los trabajadores. Esta unión se ve favorecida por los crecientes medios de comunicación creados por la gran industria, que ponen en contacto entre sí a los trabajadores de distintas localidades. Basta este contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes guardan similar carácter, se centralicen en una lucha nacional, en lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y los burgueses de la Edad Media que con sus caminos deteriorados necesitaron siglos para unificarse, lo consiguen los modernos proletarios en pocos años con los ferrocarriles.

Esta organización de los proletarios en clase, y por tanto en partido político, se rompe de nuevo en cada momento por la competencia entre los trabajadores mismos. Pero resurge una y otra vez, siempre más fuerte, más firme, más poderosa. Obliga a reconocer en forma de leyes algunos intereses de los trabajadores, aprovechando las escisiones internas de la burguesía entre sí. Así sucede con la ley de las diez horas en Inglaterra.

Las colisiones de la vieja sociedad como tal favorecen de muchas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía se encuentra en constante lucha: al principio, contra la aristocracia; más tarde, contra sectores de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con el progreso de la industria; siempre contra la burguesía de todos los países extranjeros. En todas estas luchas se ve obligada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y, por lo tanto, a arrastrarlos al movimiento político. De

esto modo, ella misma proporciona al proletariado sus propios elementos de formación, es decir, armas contra sí misma.

Además, como hemos visto, a través del progreso de la industria, sectores enteros de la clase dominante son arrojados a las filas del proletariado o, al menos, ven amenazadas sus condiciones de vida. También estos sectores aportan al proletariado numerosos elementos de formación.

Finalmente, en los periodos donde la lucha de clases se aproxima a su resolución, dentro de toda la vieja sociedad, el proceso de desintegración dentro de la clase dominante toma un carácter tan violento, tan manifiesto, que una pequeña fracción de la clase dominante se desprende de ella y se suma a la clase revolucionaria, la cual porta el futuro en sus manos. Por lo tanto, así como antes se pasó una parte de la nobleza a la burguesía, así se pasa ahora una parte de la burguesía al proletariado, y en particular una fracción de los ideólogos burgueses que se han elevado a la comprensión teórica de todo el movimiento histórico.

De todas las clases que se enfrentan hoy a la burguesía, únicamente el proletariado es una clase realmente revolucionaria. Las otras clases degeneran y perecen con la gran industria, el proletariado es su producto más auténtico.

Las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, luchan contra la burguesía para garantizar su existencia como clase media frente a la ruina. No son, entonces, revolucionarias, sino conservadoras. Aún más, son

reaccionarias, intentan hacer retroceder la rueda de la historia. Si son revolucionarias, lo son respecto de su inminente transición al proletariado, por lo que no defienden sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, abandonando su propio punto de vista para situarse en el del proletariado.

El lumpenproletariado, esa pasiva descomposición de las capas más bajas de la antigua sociedad, es arrastrado, aquí y allá, al movimiento por una revolución proletaria, pero, conforme a todas sus condiciones de vida, estará más dispuesto a dejarse comprar por los manejos reaccionarios.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletario carece de propiedad; su relación con la mujer y los hijos no tiene nada en común con la relación familiar burguesa; el moderno trabajo industrial, la moderna subyugación al capital, lo mismo en Inglaterra que en Francia, en América que en Alemania, ha quitado por entero al proletariado su carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él prejuicios burgueses, tras los cuales se esconden otros tantos intereses burgueses.

Todas las clases anteriores que conquistaron el dominio intentaron asegurar la posición que habían alcanzado sometiendo la sociedad entera a las condiciones en que ellas obtenían sus ganancias. Los proletarios solo pueden conquistar las fuerzas productivas sociales aboliendo su propio modo de apropiación y, por lo tanto, el modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada propio

que asegurar, tienen que destruir las seguridades privadas y todos los seguros privados anteriores.

Todos los movimientos anteriores fueron movimientos de minorías o en interés de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría. El proletariado, la capa social más baja de la sociedad actual, no puede elevarse, levantarse, sin que vuele por los aires toda la superestructura de las capas que componen la sociedad oficial.

Aunque no por su contenido, por su forma la lucha del proletariado es una lucha nacional. El proletariado de cada país debe acabar primero con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido la guerra civil más o menos oculta dentro de la sociedad existente, hasta el punto en el que estalla en una revolución abierta y mediante el derribo violento de la burguesía el proletariado funda su dominio.

Toda sociedad anterior, como hemos visto, se basaba en la oposición de clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase se debe asegurar al menos las condiciones dentro de las cuales pueda sostener su existencia servil. El siervo se elevó a miembro de la comuna estando bajo la servidumbre, como el pequeño burgués se elevó a burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El trabajador moderno, por el contrario, en lugar de elevarse con el progreso de la industria, cae cada vez más profundo debajo de las condiciones de su propia clase. El trabajador se

convierte en un pobre, y el pauperismo se desarrolla todavía más rápido que la población y la riqueza. De este modo, se pone de manifiesto que la burguesía es incapaz de seguir siendo la clase dominante de la sociedad y de imponer como ley reguladora a la sociedad las condiciones de vida de su clase. Es incapaz de dominar porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia incluso dentro del marco de su esclavitud, porque se ve forzada a dejar que se hunda hasta una situación donde tiene que alimentarlo, en lugar de ser alimentada por él. La sociedad no puede seguir viviendo bajo ella, esto es, la vida de la burguesía no es más compatible con la sociedad.

La condición esencial de la existencia y dominio de la clase burguesa es la concentración de riqueza en manos de privados, la formación y acrecentamiento del capital; la condición del capital es el trabajo asalariado. El asalariado descansa exclusivamente en la competencia de los trabajadores entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía es portadora sin voluntad y sin resistencia, sustituye el aislamiento de los trabajadores resultante de la competencia, por su unificación revolucionaria mediante la asociación. Con el desarrollo de la gran industria se arranca la propia base bajo los pies de la burguesía sobre la que produce y se apropia de los productos. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

II PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Cuál es la relación de los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no son un partido particular frente a los otros partidos de trabajadores.

No tienen intereses separados de los intereses de todo el proletariado.

No establecen principios particulares según los cuales quieran modelar el movimiento proletario.

Los comunistas solamente se distinguen del resto de partidos proletarios en que, por un lado, dentro de las diversas luchas nacionales del proletariado destacan y hacen prevalecer los intereses comunes del proletariado en su conjunto independientes de las nacionalidades; por otro lado, en que, a lo largo de los diversos grados de desarrollo que atraviesa la lucha entre el proletariado y la burguesía, defienden siempre los intereses de todo el movimiento.

Por lo tanto, en la práctica los comunistas son el sector más decidido, el sector de los partidos de trabajadores de todo el planeta que siempre es más constante; en la teoría, aventajan a la masa restante del proletariado en la comprensión de las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario.

El fin más inmediato de los comunistas es el mismo que el resto de todos los partidos proletarios: for-

mación del proletariado como clase, derrocamiento del dominio de la burguesía, conquista del poder político por el proletariado.

Las propuestas teóricas de los comunistas no descansan de ningún modo en ideas, en principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

Solo son expresiones generales de las relaciones reales de una lucha de clases existente, un movimiento histórico que acontece ante nuestros ojos. La abolición de relaciones de propiedad anteriores no es algo que caracterice especialmente al comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sometidas a un constante cambio histórico, a una constante transformación histórica.

La Revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en favor de la burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad burguesa moderna es la última y más completa expresión de la creación y apropiación de productos basada en la oposición de clases, en la explotación del uno por los otros.

En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta única expresión: supresión de la propiedad privada.

A los comunistas se nos ha acusado de querer abolir la propiedad adquirida personalmente, elaborada por nuestro propio trabajo, la propiedad que consti-

tuye la base de toda libertad, actividad y autonomía personal.

¡Propiedad obtenida con el propio trabajo, adquirida, ganada por uno mismo! ¿Hablan de la propiedad de los pequeños burgueses, de los pequeños campesinos, que precedió a la propiedad burguesa? No necesitamos abolirla; el desarrollo de la industria la ha abolido y la está aboliendo cada día.

¿O hablan acaso de la moderna propiedad privada burguesa?

¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad a este?

De ninguna manera. Crea el capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado, que solo puede acrecentarse bajo la condición de generar nuevo trabajo asalariado para explotarlo nuevamente. La propiedad en su forma actual se mueve en la oposición del capital y trabajo asalariado. Veamos cada uno de los lados de esta oposición.

Ser capitalista no es solo ocupar una posición puramente personal, sino también una posición social en la producción. El capital es un producto colectivo y solo puede ponerse en movimiento gracias a una actividad común de muchos miembros, es más, en última instancia solamente gracias a la actividad común de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, un poder personal, es un poder social.

Por lo tanto, si el capital se transforma en propiedad colectiva que pertenece a todos los miembros de la sociedad, no se transforma de propiedad personal en

propiedad social. Solamente se transforma el carácter social de la propiedad. Pierde su carácter de clase.

Vayamos al trabajo asalariado:

El precio promedio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia necesarios para mantener al trabajador vivo en cuanto trabajador. Por lo tanto, lo que el trabajador asalariado se apropia gracias a su actividad solamente basta para volver a generar su vida elemental. Nosotros no queremos en absoluto abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, destinada a la reproducción de la vida inmediata, una apropiación que no deja ningún excedente neto que pueda otorgar poder sobre trabajo ajeno. Nosotros queremos solamente suprimir el carácter miserable de esa apropiación, donde el trabajador vive solamente para acrecentar el capital, vive solamente en la medida en que el interés de la clase dominante lo requiere.

En la sociedad burguesa el trabajo vivo es solo un medio para acrecentar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista el trabajo acumulado es solo un medio para ampliar, para enriquecer, para favorecer el proceso vital de los trabajadores.

En la sociedad burguesa, por tanto, el pasado domina sobre el presente; en la comunista, el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y personal, mientras que el individuo activo es dependiente e impersonal.

¡Y a la supresión de esta relación la llama la burguesía supresión de la personalidad y la libertad! Y

con razón. Se trata ciertamente de la supresión de la personalidad burguesa, de la independencia burguesa y la libertad burguesa.

Bajo las actuales relaciones burguesas de producción, la libertad se entiende como libre comercio, como libertad de compra y venta.

Pero desaparecida la compraventa, desaparece también la libre campraventa. Los dichos acerca de la libre compraventa, como todas las fanfarronerías de nuestra burguesía sobre la libertad, no tienen sentido más que frente a la compraventa restringida, frente al ciudadano servil de la Edad Media, pero no frente a la supresión comunista de la compraventa, de las relaciones burguesas de producción y de la burguesía misma.

Ustedes se horrorizan de que queramos suprimir la propiedad privada. Pero en su sociedad existente la propiedad privada está suprimida para nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque para las nueve décimas partes no existe. Ustedes nos acusan, pues, de que queramos suprimir una propiedad que presupone, como condición necesaria, la carencia de propiedad de la inmensa mayoría de la sociedad.

En una palabra, ustedes nos acusan de que queremos suprimir vuestra propiedad. Ciertamente, eso es lo que queremos.

Desde el momento en que el trabajo ya no puede transformarse en capital, dinero, renta de la tierra, en suma, en un poder social monopolizable, es decir, desde el momento en que la propiedad personal no

puede convertirse en propiedad burguesa, desde ese momento, nos explican ustedes, ha quedado suprimida la persona.

Ustedes confiesan, pues, que no entienden por persona sino al burgués, al propietario burgués. Por supuesto, esa persona debe ser suprimida.

El comunismo no quita a nadie el poder de apropiarse productos sociales; solamente quita el poder de subyugar el trabajo ajeno mediante esta apropiación.

Se ha objetado que al suprimirse la propiedad privada cesará toda actividad y se impondría una ociosidad general.

Si fuera así, la sociedad burguesa debiera haber perecido hace ya tiempo a causa de la holgazanería, ya que *los que* trabajan en esta no ganan, y *los que* ganan en esta no trabajan. Toda la consideración desemboca en la tautología de que no habrá más trabajo asalariado en cuanto no haya más capital.

Todas las objeciones dirigidas contra el modo de apropiación y producción comunista de productos materiales se han extendido igualmente a la apropiación y producción de productos espirituales. Al igual que para el burgués la eliminación de la propiedad clasista significa la eliminación de la producción misma, de igual modo, para él la eliminación de la formación clasista es idéntica a eliminar la formación en general.

La formación cuya pérdida lamenta es para la enorme mayoría la formación que convierte en máquina.

Pero no discutan con nosotros midiendo la su-

presión de la propiedad burguesa conforme a sus representaciones burguesas de libertad, educación, derecho, etc. Sus propias ideas son resultado de las relaciones de producción y propiedad burguesas, igual que su derecho no es otra cosa que la voluntad de su clase elevada a ley, una voluntad cuyo contenido se da en las condiciones materiales de vida de su clase.

Las representaciones interesadas en las que ustedes transforman sus relaciones de producción y relaciones de propiedad históricas, transitorias en el curso de la producción, en leyes eternas de la naturaleza y la razón, las comparten con todas las clases dominantes desaparecidas. Lo que ustedes comprenden por propiedad antigua, lo que comprenden por propiedad feudal, ya no lo pueden comprender por propiedad burguesa.

¡Supresión de la familia! Incluso los más radicales se indignan por este vergonzoso propósito de los comunistas.

¿En qué descansa la familia burguesa actual? En el capital, en la ganancia privada. Completamente desarrollada solo existe para la burguesía; pero encuentra su complemento en la forzada ausencia de la familia entre los proletarios y en la prostitución pública.

La familia del burgués desaparece, naturalmente, con la desaparición de ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos acusan de querer suprimir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este delito.

Pero, dicen ustedes, eliminamos las relaciones más

íntimas al sustituir la educación domestica por la educación social.

¿Y su educación no está determinada también por la sociedad? ¿A través de las relaciones sociales en las que se educan, a través de la intervención directa o indirecta de la sociedad, a través de la escuela, etc.? Los comunistas no inventan la influencia de la sociedad en la educación; solamente cambian su carácter, arrancan la educación de la influencia de la clase dominante.

Los dichos burgueses sobre familia y educación, sobre la íntima relación de padres e hijos, se vuelven tanto más repugnantes cuanto más se desgarran todos los lazos familiares de los proletarios a consecuencia de la gran industria, y los niños se transforman en simples artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

"Pero ustedes los comunistas quieren introducir la comunidad de las mujeres", nos grita en coro toda la burguesía.

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye que los instrumentos de producción deben ser explotados en común y, naturalmente, no puede pensar en otra cosa sino que el destino de la comunalización también afectará a las mujeres.

No sospecha que de lo que se trata precisamente es de suprimir la posición de la mujer como mero instrumento de producción.

Por lo demás, no hay nada más ridículo que el tan moral horror de nuestros burgueses sobre la supuesta comunidad oficial de mujeres de los comunistas. Los

comunistas no necesitan introducir la comunidad de mujeres, ha existido casi siempre.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición a las mujeres e hijas de sus proletarios, por no hablar de la prostitución oficial, encuentran un gran placer en seducir la esposa de otros.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría reprochar a los comunistas el querer introducir una comunidad de mujeres franca y oficial, en lugar de una hipócritamente oculta. Por lo demás, no hace falta decir que con la supresión de las actuales relaciones de producción desaparece también la comunidad de mujeres resultante de ellas, es decir, la prostitución oficial y la no oficial.

También se ha acusado a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los trabajadores no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen. Ya que el proletariado debe conquistar primero el dominio político para sí, elevarse a clase nacional, constituirse a sí mismo en nación, él mismo es todavía nacional, pero de ningún modo en el sentido de la burguesía.

Los aislamientos nacionales y las oposiciones de los pueblos desaparecen cada vez más con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de vida que a ella corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más todavía. La acción conjunta, al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones

de su liberación.

En la medida en que se suprime la explotación de un individuo por otro, se suprime la explotación de una nación por otra.

Con la oposición de las clases dentro de la nación, cae la posición hostil de las naciones entre sí.

Las acusaciones dirigidas contra el comunismo, planteadas desde puntos de vista religiosos, filosóficos e ideológicos en general, no merecen una discusión más detallada.

¿Es necesario un profundo conocimiento para comprender que con el cambio de las condiciones de vida del ser humano, con sus relaciones sociales, con su existencia social, cambian también sus representaciones, contemplaciones y conceptos, en una palabra, su conciencia?

¿Qué otra cosa demuestra la historia de las ideas, sino que la producción espiritual cambia de forma con el material? Las ideas dominantes de una época siempre han sido las ideas de la clase dominante.

Se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad; con ello, solo se expresa el hecho de que, dentro de la vieja sociedad, se han formado los elementos de una nueva, que a la disolución de las viejas condiciones de vida le sigue paralela la disolución de las viejas ideas.

Cuando el mundo antiguo estaba a punto de desaparecer, las antiguas religiones fueron derrotadas por la religión cristiana. Cuando las ideas cristianas sucumbieron ante las ideas de la ilustración en el siglo XVIII, la sociedad feudal libró su lucha mortal con

la entonces revolucionaria burguesía. Las ideas de libertad de conciencia y de religión solamente expresar el dominio de la libre competencia en la esfera del conocimiento.

Se señalará: "Pero las ideas religiosas, morales, filosóficas, polítlcas, jurídicas, etc. se modificaron, ciertamente, en el curso del desarrollo histórico. La religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, siempre se han mantenido en este cambio.

Hay, igualmente, verdades eternas, como libertad, justicia, etc. que son comunes a todas las situaciones. Pero el comunismo acaba con las verdades eternas, acaba con la religión, con la moral, en lugar de darles nueva forma, por lo cual contradice todos los desarrollos históricos anteriores."

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de toda la sociedad anterior se movió en oposiciones de clase que han tenido distinta forma en distintas épocas.

No obstante, sea cual sea la forma que haya tomado la explotación de una parte de la sociedad por la otra, es un hecho común a todos los siglos pasados. Por lo tanto, nada tiene de extraño que la conciencia social de todos los siglos, a pesar de su variedad y diferencia, se mueva dentro de ciertas formas comunes, en formas de conciencia que solo se disuelven totalmente con la entera desaparición de la oposición de clases.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicional. Nada de extraño tiene que en el proceso de su desarrollo se rompa de la forma más radical con las ideas tradicionales.

Pero dejemos de lado las objeciones de la burguesía contra el comunismo.

Ya vimos antes que el primer paso en la revolución de los trabajadores es su elevación a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado utilizará su dominio político para arrebatar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en el estado, esto es, en el proletariado organizado como clase dominante, y para acrecentar la masa de fuerzas productivas lo más rápidamente posible.

Naturalmente, esto solo puede suceder al principio mediante las intervenciones despóticas sobre el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción, a través de medidas que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento llevan más allá y son inevitables como medio para transformar todo el modo de producción.

Naturalmente, estas medidas serán distintas de acuerdo con los distintos países.

Sin embargo, para los países más avanzados, lo siguiente podrá aplicarse de forma bastante general:

1. Expropiación de la propiedad de la tierra y uso de la renta de la tierra para los gastos del Estado.

2. Impuesto fuertemente progresivo.

3. Abolición del derecho de herencia.

4. Confiscación de la propiedad de todos los

emigrantes y rebeldes.

5. Centralización del crédito en manos del Estado, mediante un banco nacional con capital del estado y monopolio exclusivo.

6. Centralización de todos los medios de transporte poniéndolos en manos del Estado.

7. Acrecentamiento de las fábricas nacionales, de los instrumentos de producción, roturación y mejora de los campos cultivables conforme a un plan comunitario.

8. Igual obligación de todos para trabajar, organización de ejércitos industriales, especialmente para la agricultura.

9. Unión del funcionamiento de la agricultura y la industria, medidas para eliminar paulatinamente la diferencia entre ciudad y campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Eliminación del trabajo infantil en las fábricas en su forma actual. Unión de la educación con la producción material, etc.

Cuando en el curso del desarrollo han desaparecido la diferencia de clases y está toda la producción concentrada en manos de los individuos asociados, pierde el poder público su carácter político. El poder político en sentido propio es el poder organizado de una clase para someter a otra. Cuando el proletariado, en su lucha contra la burguesía, se une necesariamente como clase, se hace clase dominante por medio de una revolución y, como clase dominante,

suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, con estas relaciones de producción, las condiciones de existencia de la oposición de clase, suprime las clases en general y, con ello, su propio dominio como clase.

En lugar de la vieja sociedad burguesa, con sus clases y oposición de clases, aparece una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos.

III LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. El socialismo reaccionario

a. El socialismo feudal

La aristocracia francesa e inglesa estaba llamada, por su posición histórica, a escribir panfletos contra la sociedad burguesa moderna. En la Revolución francesa de julio de 1830, en el movimiento reformista inglés, la aristocracia había sucumbido una vez más ante el odiado intruso. No se podía hablar de una lucha política seria. Solo quedaba la lucha literaria. Pero también en el campo de la literatura las viejas frases de la época de la Restauración se habían vuelto imposibles. Para despertar simpatía, la aristocracia debía aparentar perder de vista sus propios intereses y solamente formular su acta de acusación contra la burguesía en interés de la clase trabajadora explotada. Preparaba así el desagravio de cantar injurias a su nuevo dominador y de susurrarle al oído profecías más o menos catastróficas.

Así surgió el socialismo feudal, mitad elegía, mitad pasquín, mitad eco del pasado, mitad amenaza del futuro, golpeando a veces el corazón de la burguesía con un juicio amargo, ingeniosamente desgarrador, produciendo siempre un efecto cómico por su total incapacidad de comprender la marcha de la historia moderna.

Enarbolaba en sus manos como bandera el saco de mendigo del proletariado para congregar al pueblo hacia ellos. Pero cuantas veces este se situó tras ellos, vio en sus espaldas los viejos escudos feudales y se dispersó en medio de sonoras e irreverentes carcajadas.

Un sector de los legitimistas franceses y la Joven Inglaterra ha ofrecido este espectáculo.

Cuando los feudales demuestran que su forma de explotación estaba configurada de otro modo que la explotación burguesa, solo olvidan que ellos explotaban bajo circunstancias y condiciones totalmente diferentes, y ahora obsoletas. Cuando alegan que bajo su dominio no existía el proletariado moderno, solo olvidan que la burguesía moderna fue un descendiente necesario de su orden social.

Asimismo, ocultan tan mal el carácter reaccionario de su crítica que su principal acusación contra la burguesía consiste precisamente en que, bajo su régimen, se desarrolla una clase que hará saltar por los aires todo el antiguo orden social.

Acusan a la burguesía el haber creado un proletariado revolucionario, más que haber creado un proletariado en general.

De ahí que, en la praxis política, participen en todas las medidas violentas contra la clase trabajadora, y que, en su vida cotidiana, a pesar de sus rimbombantes frases, se las arreglen para recoger las manzanas de oro e intercambiar lealtad, amor, honor, por el regateo de la lana de oveja, la betarraga y el aguardiente.

Como el clérigo siempre fue de la mano con el

feudal, asimismo el socialismo clerical va con el socialismo feudal.

Nada más fácil que dar un barniz socialista al ascetismo cristiano. ¿No se ha enojado también el cristianismo contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el Estado? ¿No ha predicado en su lugar la caridad, la mendicidad, el celibato, la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano es solo el agua bendita con la que el clérigo bendice la ira del aristócrata.

b. Socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase que se ha visto derrocada por la burguesía, cuyas condiciones de vida se marchitaron y atrofiaron en la sociedad burguesa moderna. Los artesanos libres medievales y el estamento de pequeños campesinos fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países menos desarrollados industrial y comercialmente sigue vegetando esta clase al lado de la burguesía emergente.

En los países donde se ha desarrollado la moderna civilización se ha formado una pequeña burguesía nueva que fluctúa entre el proletariado y la burguesía, y que se forma constantemente de nuevo como elemento complementario de la sociedad burguesa. Pero sus miembros son arrastrados incesantemente al proletariado por la competencia; incluso, con el desarrollo de la gran industria, ven acercarse un momento en el que desaparecen por completo como elemento independiente de la sociedad moderna y son sustituidos en el comercio, la manufactura, la

agricultura por capataces y empleados.

En países como Francia, donde la clase campesina constituye mucho más de la mitad de la población, era natural que escritores que se posicionaban a favor del proletariado y contra la burguesía aplicaran en su crítica al régimen burgués el parámetro del pequeño burgués y del pequeño campesino, tomando el partido de los trabajadores desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es cabeza de esta literatura, no solo para Francia, sino también para Inglaterra.

Este socialismo analizó con suma agudeza las contradicciones existentes en las modernas relaciones de producción. Reveló el encubrimiento hipócrita de los economistas. Demostró de manera irrefutable los efectos destructivos de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad de la tierra, la sobreproducción, las crisis, el necesario hundimiento de los pequeños burgueses y pequeños campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, las escandalosas desproporciones en la distribución de la riqueza, la guerra industrial exterminadora de naciones entre sí, la disolución de las viejas costumbres, de las viejas relaciones familiares, de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, según su contenido positivo, este socialismo quiere o bien restaurar los viejos medios de producción y de tráfico y, con ello, las viejas relaciones de propiedad y la vieja sociedad, o bien quiere volver a encerrar violentamente los modernos medios de producción y de tráfico en el marco de las

viejas relaciones de propiedad que fueron y tenían que ser rotas. En ambos casos es reaccionario y utópico al mismo tiempo.

Gremios en la manufactura y economía patriarcal en el campo, estas son sus últimas palabras.

En su posterior desarrollo, esta orientación se ha desvanecido en un cobarde lamento.

c. El socialismo alemán o socialismo "verdadero"

La literatura socialista y comunista de Francia, que nació bajo la presión de una burguesía dominante y que es expresión de la lucha contra ese dominio, fue introducida en Alemania en una época donde la burguesía acababa de comenzar su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos y brillantes mentes alemanas se apoderaron ávidamente de esta literatura y olvidaron tan solo que, cuando estos escritores emigraron de Francia a Alemania, las condiciones de vida francesas no emigraron al mismo tiempo. Frente a las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió todo significado práctico inmediato y adquirió un aspecto puramente literario. Tuvo que aparecer como una especulación inútil sobre la sociedad verdadera, sobre la realización de la esencia humana. Así, para los filósofos alemanes del siglo XVIII las reivindicaciones de la primera Revolución francesa solo tenían el sentido de ser reivindicaciones de la "razón práctica" en general, y las expresiones de voluntad de la burguesía revolucionaria francesa significaban, a sus ojos, las leyes de la voluntad pura, de la volun-

tad como deber ser, de la voluntad verdaderamente humana.

El trabajo exclusivo de los literatos alemanes consistía en armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, más bien, en apropiarse de las ideas francesas desde su punto de vista filosófico.

Esta apropiación se produjo de la misma manera en que se asimila una lengua extranjera, a través de la traducción.

Es sabido que los monjes escribieron insulsas historias de santos católicos sobre manuscritos que contenían las obras clásicas de la antigua época pagana. Los literatos alemanes trataron la literatura profana francesa de forma opuesta. Escribieron sus sandeces filosóficas detrás del original francés. Por ejemplo, detrás de la crítica francesa de las relaciones dinerarias escribieron "enajenación de la esencia humana", detrás de la crítica francesa del Estado burgués, "superación del dominio del universal abstracto", etc.

La introducción subrepticia de la fraseología filosófica de los desarrollos franceses fue bautizada como "filosofía de la acción", "socialismo verdadero", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", etc.

La literatura francesa socialista-comunista quedó así formalmente castrada. Y como en manos del alemán dejaba de expresar la lucha de una clase contra la otra, el alemán creyó haber superado la "unilateralidad francesa", haber representado, en lugar de verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad y, en lugar de los intereses del proletario, los intereses de la

esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase, que no pertenece en absoluto a la realidad, que solo pertenece al cielo vaporoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que se tomó tan en serio y tan solemnemente sus torpes ejercicios escolares y los divulgó tan presuntuosamente, fue perdiendo poco a poco su pedante inocencia.

La lucha de la burguesía alemana, especialmente de la prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, alcanzó mayor seriedad.

Esto brindó al "verdadero socialismo" la ocasión propicia de oponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, de arrojar fuera los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la concurrencia burguesa, la libertad de prensa burguesa, el derecho burgués, la libertad e igualdad burguesas, y de predicar a la masa popular que nada tenía que ganar en este movimiento burgués, sino todo que perder. El socialismo alemán olvidó oportunamente que la crítica francesa, de la que era eco sin espíritu, presupone la moderna sociedad burguesa con sus correspondientes condiciones materiales de vida y una constitución política adecuada, todas premisas que todavía se tenían que conquistar en Alemania.

Este socialismo, con su séquito de clérigos, maestros de escuela, hidalgos rústicos y burócratas, sirvió a los regímenes absolutos alemanes de espantapájaros adecuado frente a la amenazante burguesía en ascenso.

Constituyó el empalagoso complemento de los amargos latigazos y balas de escopeta con los que esos mismos gobiernos trataban las sublevaciones de trabajadores alemanes.

Si el "verdadero" socialismo era un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, también representaba directamente un interés reaccionario, el del pequeñoburgués alemán. En Alemania, la pequeña burguesía, que desde el siglo XVI reaparece una y otra vez bajo diversas formas, constituye el auténtico fundamento social de las condiciones existentes.

La preservación de esta pequeña burguesía es la preservación de las condiciones existentes en Alemania. Del dominio político e industrial de la burguesía, teme un hundimiento seguro, por un lado, debido a la concentración del capital, por otro, debido al ascenso de un proletariado revolucionario. Con el "verdadero" socialismo creyó la pequeña burguesía matar ambos pájaros de un tiro. Se extendió como una epidemia.

El ropaje, tejido con la telaraña especulativa, bordado de ingeniosas florituras verbales, empapado de rocío sensual y sentimental, ese fantástico ropaje, en el que los socialistas alemanes envolvían sus cuatro descarnadas "verdades eternas", solo consiguió multiplicar los compradores de tal mercancía entre ese público.

Por su parte, el socialismo alemán fue reconociendo cada vez más que estaba llamado a ser el grandilocuente defensor de esa pequeña burguesía.

Proclamó a la nación alemana como la nación nor-

mal y al engreído alemán como el hombre normal. Dio a cualquier infamia de este un sentido oculto, superior, socialista, con el que quería decir lo contrario. Sacó la última consecuencia atacando directamente la "groseramente destructiva" orientación del comunismo y anunciando su imparcial superioridad por moverse por encima de todas las luchas de clases.

Todo lo que en Alemania circula como supuestos escritos socialistas y comunistas pertenece, con muy pocas excepciones, al ámbito de esta sucia y enervante literatura.

2. El socialismo conservador o burgués

Un sector de la burguesía desea remediar la penosa situación social, con el fin de asegurar la continuidad de la sociedad burguesa.

A este sector pertenecen economistas, filántropos, humanitarios, reformadores de la situación de las clases trabajadoras, organizadores de beneficencia, los asociados contra la tortura de animales, los fundadores de sociedades de templanza, reformadorcillos de la índole más variopinta. Y este socialismo burgués ha llegado incluso a erigirse en sistemas enteros.

Como ejemplo citamos *Philosophie de la misère*, de Proudhon.

Los socialistas burgueses quieren las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y riesgos que necesariamente se derivan de ella. Quieren la sociedad existente sin los elementos que la revolucionan y disuelven. Quieren la burguesía sin el

proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués elabora esta representación consoladora convirtiéndola en un sistema a medias o completo. Cuando invita al proletariado a realizar sus sistemas para entrar en la nueva Jerusalén, en el fondo solo busca que permanezca en la sociedad actual, pero desembarazándose de la odiosa representación que de ella se forma.

Una segunda forma de este mismo socialismo, menos sistemática y más práctica, pretendía apartar a la clase trabajadora de cualquier movimiento revolucionario demostrando que no podría serle útil tal o cual cambio político, sino solo un cambio de las condiciones materiales de vida, de las condiciones económicas. Por cambio de las "condiciones materiales de vida" no entiende este socialismo, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas, que solo es posible por medios revolucionarios, sino mejoras administrativas que tienen lugar sobre la base de estas relaciones de producción, es decir, que no cambian nada en la relación capital y trabajo asalariado, sino que en el mejor de los casos disminuyen los costes del dominio para la burguesía y simplifican la administración del Estado.

El socialismo burgués solo alcanza su expresión adecuada cuando se convierte en una mera figura retórica.

¡Librecambio!, en interés de la clase trabajadora ¡Aranceles proteccionistas!, en interés de la clase trabajadora. ¡Prisiones celulares!, en interés de la

clase trabajadora: esa es su última palabra, la única palabra seria del socialismo burgués.

El socialismo de la burguesía consiste justamente en afirmar que los burgueses son burgueses... en interés de la clase trabajadora.

3. El socialismo y el comunismo crítico-utópico

No hablamos aquí de la literatura que expresó las reivindicaciones del proletariado en todas las grandes revoluciones modernas (escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas del proletariado de imponer directamente sus propios intereses de clase en una época de agitación general, en el derrocamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente por la forma aún no desarrollada del mismo proletariado, como también por la falta de condiciones materiales de su liberación, que son, precisamente, producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompañó estos primeros movimientos del proletariado es necesariamente reaccionaria en su contenido. Enseña un ascetismo general y un rústico igualitarismo.

Los auténticos sistemas socialistas y comunistas, los sistemas de Saint-Simon, Fourier, Owen, etc., surgen en la primera época, todavía no desarrollada, de la lucha entre proletariado y burguesía, que hemos expuesto antes (véase "Burgueses y proletarios").

Los inventores de estos sistemas, ciertamente, ven la oposición de las clases, como la eficacia de los elementos disolventes contenidos en la propia sociedad

tra ella, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. Por tanto, si los creadores de estos sistemas fueron revolucionarios en muchos aspectos, sus discípulos siempre forman sectas reaccionarias. Se aferran a las viejas concepciones de sus maestros frente al posterior desarrollo del proletariado. Así, intentan atenuar la lucha de clases y conciliar las oposiciones. Siguen soñando todavía con la realización, a modo de ensayo, de sus utopías sociales, en la fundación de falansterios individuales, de home-colonies, de una pequeña Icaria —edición en doceavo de la nueva Jerusalén—, y para fundar todos esos castillos de naipes tienen que apelar a la filantropía de los corazones y bolsillos burgueses. Paulatinamente van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores antes descritos y sólo se diferencian de ellos por una pedantería más sistemática, por su fanática y supersticiosa fe en los efectos milagrosos de su ciencia social.

Por ello se oponen con furia a todo movimiento político de los trabajadores, que solo puede surgir de una ciega duda sobre el nuevo Evangelio.

Los owenistas en Inglaterra, los fourieristas en Francia, reaccionan, allí contra los cartistas, aquí contra los reformistas.

IV ACTITUD DE LOS COMUNISTAS RESPECTO DE LOS DISTINTOS PARTIDOS DE OPOSICIÓN

Según lo dicho en el capítulo II, se comprende sin más la relación de los comunistas con los partidos obreros ya constituidos, es decir, su relación con los cartistas en Inglaterra y los reformistas agrarios en Norteamérica.

Los comunistas luchan por la realización de los fines e intereses inmediatos de la clase trabajadora, pero, al mismo tiempo, representan el futuro del movimiento en el presente movimiento. En Francia, los comunistas se unen al partido socialista-demócrata contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar por ello al derecho de ser críticos con las frases e ilusiones que provienen de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin dejar de reconocer que este partido está formado por elementos contradictorios, en parte socialistas democráticos en el sentido francés, en parte burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que hace de la revolución agraria la condición de la liberación nacional, al mismo partido que dio vida

a la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania, en cuanto la burguesía actúa de modo revolucionario, el Partido Comunista lucha junto con la burguesía contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal terrateniente y la pequeña burguesía.

Pero en ningún momento olvida acentuar la creación entre los trabajadores de una conciencia lo más clara posible de la oposición hostil existente entre burguesía y proletariado, con el fin de que los obreros alemanes sepan de inmediato convertir las condiciones sociales y políticas que la dominación burguesa ha de traer consigo en otras tantas armas contra ella, para que, una vez derribadas las clases reaccionarias en Alemania, comience enseguida la lucha contra la burguesía misma.

Los comunistas dirigen su atención principalmente a Alemania, debido a que está en vísperas de una revolución burguesa y porque lleva cabo esta transformación bajo las condiciones más avanzadas de la civilización europea en general y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y Francia en el XVIII, de forma que la revolución burguesa alemana no puede ser otra cosa que el preludio de una revolución proletaria.

En una palabra, los comunistas apoyan en todas partes todo movimiento revolucionario contra la situación social y política existente.

En todos estos movimientos destaca la cuestión de la propiedad, sea cual sea el nivel de desarrollo que haya alcanzado su forma, como la cuestión básica del

movimiento.

Finalmente, los comunistas trabajan en todas partes por la conexión y el entendimiento de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas rechazan ocultar sus opiniones y propósitos. Declaran abiertamente que sus objetivos solo pueden alcanzarse mediante el derrocamiento violento de todo el orden social precedente. Que tiemblen las clases dominantes ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella, salvo sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!

PREFACIO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1872

La Liga de los Comunistas, asociación internacional de los trabajadores que, dadas las circunstancias de entonces, solo podía ser secreta, en el congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, les encargó a los abajo firmantes la redacción, destinada al público, de un programa de partido detallado tanto en lo teórico como en lo práctico. Así nació el siguiente *Manifiesto*, cuyo manuscrito fue enviado a Londres para su impresión unas semanas antes de la revolución de febrero. Publicado por primera vez en alemán, ha sido reimpreso en ese idioma en Alemania, Inglaterra y América en al menos doce ediciones diferentes. En inglés apareció por primera vez en Londres, en 1850, en el *Red Republican*, traducido por Miss Helen Macferlane; y en 1871, en al menos tres diferentes traducciones en Norteamérica. En francés apareció por primera vez en París, poco antes de la insurrección de junio de 1848, y recientemente en *Le Socialiste*, de Nueva York. Se prepara una nueva traducción. En polaco, apareció en Londres poco después de su primera edición alemana. En ruso, en Ginebra, en los años sesenta. De igual modo, se tradujo al danés poco después de su aparición.

Por más que haya cambiado la situación en los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este *Manifiesto* permenecen, en general y en su conjunto, plenamente válidos hoy en día. Se podrían mejorar algunos detalles aquí y allá. La aplicación práctica de estos principios, declara el propio *Manifiesto*, dependerá en todas partes y en todo mo-

mento de las condiciones históricamente existentes, por lo que no se concede ningún peso especial a las medidas revolucionarias que se proponen al final del capítulo II. Este pasaje tendría hoy una formulación distinta en muchos aspectos. Comparado con el inmenso desarrollo de la gran industria en los últimos veinticinco años y de la paralela organización, cada vez mayor, de la clase trabajadora como partido; con las experiencias prácticas, en primer lugar de la revolución de febrero y, mucho más todavía, de la Comuna parisina, en la que, por primera vez, el proletariado tuvo en sus manos el poder político durante dos meses, este programa resulta hoy obsoleto en algunos puntos. La Comuna ha demostrado, en particular, que "la clase trabajadora no puede simplemente tomar poseción la máquina del Estado tal como está, y ponerla en movimiento para sus propios fines". (Véase *La guerra civil en Francia. Circular del Consejo General de La Asociación Internacional de Trabajadores*, p. 19 de la edición alemana, donde se desarrolla esto más por extenso). Además, es evidente que la crítica de la literatura socialista es incompleta para el día de hoy, ya que solo alcanza hasta 1847; es igualmente evidente que las observaciones acerca de la posición de los comunistas respecto de los diferentes partidos de oposición (capítulo IV), siendo todavía hoy correctas en los trazos fundamentales, están anticuadas en su desarrollo práctico, dado que la situación política se ha transformado totalmente y el desarrollo histórico ha eliminado a la mayoría de los partidos allí enumerados.

Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histó-

rico en el que no nos sentimos ya autorizados a introducir modificaciones. Tal vez aparezca una edición posterior acompañada de una introducción que tienda un puente entre 1847 y la actualidad; la presente reimpresión ha sido tan inesperadamente para nosotros, que no nos ha dado tiempo de emprenderla.

Londres, 24 de junio de 1872

Karl Marx - Friedrich Engels

PREFACIO A LA EDICIÓN RUSA DE 1882

La primera edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista*, traducido por Bakunin, apareció a principios de los años sesenta en la imprenta del Kolokol. En aquel entonces Occidente solo podía ver en ella (en la edición rusa del *Manifiesto*) una curiosidad literaria. Una concepción semijante sería hoy imposible.

Las limitaciones del terreno que ocupaba en ese momento (diciembre de 1847) el movimiento proletario lo muestra claramente el capítulo final del *Manifiesto*: "Posición de los comunistas respecto de los distintos partidos de oposición en los diferentes países". Ahí faltan precisamente Rusia y los Estados Unidos. Era la época en que Rusia constituía la última gran reserva de la reacción total europea; en que Estados Unidos absorbía por inmigración el excedente de la fuerza proletaria de Europa. Ambos países abastecían a Europa de materias primas y eran al mismo tiempo mercados para sus productos industriales. Ambos países eran, por tanto, de un modo u otro, pilares del orden europeo existente.

¡Qué diferencia hoy! Fue precisamente la inmigración europea la que permitió a Norteamérica una enorme producción agraria, cuya competencia hizo temblar hasta sus cimientos la propiedad europea de la tierra —grandes como pequeñas—. Igualmente, ha permitido a los Estados Unidos explotar sus enormes recursos industriales con tal energía y a una escala que pronto deberán romper el monopolio industrial de Europa Occidental y, especialmente,

de Inglaterra. Ambas circunstancias tienen un efecto revolucionario en la propia norteamerica. La pequeña y mediana propiedad agraria del granjero, base de toda la constitución política, sucumben progresivamente a la competencia de las granjas inmensas; en los distritos industriales se desarrollan, por primera vez, grandes masas de proletariado y una fabulosa concentración de capitales.

¡Y ahora Rusia! Durante la revolución de 1848/1849, no solo los principes europeos, sino también los burgueses europeos consideraron la intervención rusa como su única salvación ante el proletariado que empezaba a despertar. El zar fue proclamado jefe de la reacción europea. Hoy es prisionero de guerra de la revolución en Gatchina, y Rusia es la vanguardia de la acción revolucionaria europea.

El *Manifiesto Comunista* tenía como misión proclamar la inevitable y próxima desaparición de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, frente al fraude capitalista en rápido crecimiento y a una propiedad territorial burguesa en incipiente desarrollo, encontramos más de la mitad del suelo como propiedad común de los campesinos. La cuestión es, pues: ¿puede la obschina rusa, aun siendo una forma ya muy corrompida de la primitiva propiedad común de la tierra, pasar directamente a la forma superior de la propiedad común comunista? ¿O, por el contrario, debe de recorrer primero el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

La única respuesta hoy posible a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa se convierte en la señal de una revolución proletaria en Occidente, de forma que ambas se complementen, entonces la actual propiedad común rusa de la tierra puede servir como punto de partida de un desarrollo comunista.

Londres, 21 de enero de 1882

Karl Marx - F. Engels

El *Manifiesto Comunista* es uno de los documentos más importantes para la clase proletaria. Ha sido difundido en todo el mundo como un arma esencial de los trabajadores en su comprensión del modo de producción capitalista y su sentido histórico. Este escrito revolucionario ha sido fuerza de empuje para que millones de proletarios vayan tras la conquista de sus demandas: les ha convocado al rol activo y consciente en la historia. Develando el carácter expansivo y opresor del modo de producción capitalista, ha planteado la necesidad del partido de clase, de la autoemancipación proletaria y del internacionalismo. *"Que tiemblen las clases dominantes ante una revolución comunista"*. Con este documento se ha demostrado que *"los proletarios no tienen nada que perder, salvo sus cadenas. Tienen un mundo que ganar"*.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

ISBN: 978-612-48818-5-5

